Esta es la traducción provisional de la transcripción de una sesión de preguntas y respuestas sobre ***La verdad divina*** ─la última, S5, de un total de 5─, del año 2013 (Jesús y María Magdalena).

[Está traducido mediante "google"; luego hice retoques contrastando con el vídeo/transcripción en inglés. (*Subido el 8 de noviembre, 2026*.) Para más información ver enlaces abajo.]

Sesión de preguntas y respuestas
Con Jesús y María – 29 sept. 2013
La verdad de Dios (verdad divina), S5
Cualidades y atributos de la verdad de Dios: 13 y 14
Más información: unplandivino.net (v1)

FAQ Session/Interview
With Jesus & Mary – 29 Sep 2013
God's Truth (Divine Truth) S05
Qualities & Attributes Of God's Truth 13 & 14
divinetruth.com

Transcripción en inglés: https://divinetruth.com/docts/2013/20130929-1300-1300-jesmm-dt-int-gdtrut--Divine%20Truth%20(Attributes%20of%20Truth%2013-14)--en-transcript.pdf
Sesión en youtube: youtu.be/px4VodJcH-I

—

Entrevista con Jesús - Verdad Divina
Sesión 5
1. Introducción

Jesús: Bienvenidos a la quinta sesión dedicada a analizar las cualidades de la Verdad Divina, o, si se prefiere, las cualidades de la Verdad de Dios. Si echamos un vistazo a las sesiones anteriores, veremos que, básicamente, hablamos demasiado (risas) y, por tanto, no hemos podido abarcar todo lo que esperábamos… En esta sesión en particular, esperamos llegar a tratar las últimas cualidades de la Verdad Divina ─lo que supone abordar cuatro preguntas─, además de una cuestión adicional sobre qué significa vivir en la verdad. Con esto, completaremos el ciclo de sesiones centradas en las preguntas sobre la Verdad Divina.

Aún quedan más de cien preguntas relacionadas con el tema de la Verdad Divina que no hemos tratado; sin embargo, hemos considerado prioritario abordar primero estas cualidades, ya que ayudan a resolver la duda de: "¿Cómo determino qué es la Verdad de Dios y qué no lo es?". Ese es, pues, nuestro objetivo principal hoy. Espero que disfrutes de la sesión; confío en que, esta vez, logremos tratar las cuatro cuestiones planteadas. Gracias a todos. (Risas)

2. La Verdad Divina se siente; es algo emocional.

María: Decimotercera cualidad: ¿A qué te refieres cuando dices: "La Verdad Divina se siente; es algo emocional"?

2.1. La Verdad Divina no puede aceptarse a nivel intelectual sin una aceptación emocional.

Jesús: Considero que esta es, de nuevo, una cualidad fundamental de la Verdad de Dios: no es algo que pueda aceptarse únicamente a nivel intelectual; también requiere de una aceptación emocional. Muchas personas creen que pueden aceptar la Verdad de Dios de forma intelectual e intentar, a continuación, ponerla en práctica en su vida personal; pero, en realidad, eso no es posible.

Debe tratarse de una experiencia emocional; si uno tiene que "esforzarse" por ponerla en práctica, es señal de que no está atravesando dicha experiencia emocional. El alma responde de manera automática una vez que vivimos esa experiencia emocional; es algo automático: una vez que hemos atravesado las experiencias emocionales necesarias para eliminar los errores del alma, comenzamos a poner en práctica la Verdad de Dios de forma natural. Si nos vemos obligados a "esforzarnos" por hacerlo, significa que el proceso no ha sido automático y, por tanto, no se trata de la Verdad de Dios; el

alma aún no la ha asimilado como tal. Puede que se haya aceptado a nivel intelectual, pero no ha sido aceptada en el alma.

Existe, además, esta cuestión de tener que "intentarlo" en relación con la Verdad de Dios; la razón por la que sentimos esa necesidad de intentarlo es que solo poseemos la verdad a nivel intelectual, lo cual, si no tenemos cuidado, puede convertirse en un problema para el resto de nuestra vida; solo es posible avanzar hasta un cierto punto mediante un esfuerzo intelectual, ya que, en realidad, no se ha producido una transformación en el alma. Para que el alma cambie, es indispensable sentir; por consiguiente, es necesario experimentar tanto el error como la verdad. No hay otra forma en la que una verdad pueda entrar en tu alma sin ser sentida, y tampoco hay manera de que un error abandone tu alma sin ser sentido.

Por lo tanto, todas las Verdades de Dios deben ser sentidas antes de que puedan ser verdaderamente reconocidas como parte de tu propia experiencia. Antes de ese momento, básicamente solo puedes intentar comprenderlas a nivel intelectual; sin embargo, esto conlleva problemas importantes, ya que el intelecto no está diseñado para abarcar todas las Verdades de Dios. El intelecto humano reside normalmente dentro del cuerpo espiritual de la persona, y dicho cuerpo solo es capaz de comprender intelectualmente las Verdades de Dios hasta el nivel de la sexta dimensión. Por consiguiente, cualquier verdad que trascienda la sexta dimensión no puede ser comprendida sin ser sentida; por esta razón, la Verdad Divina debe experimentarse a través del sentimiento. Se trata de una experiencia que debemos vivir, más allá de simplemente tener pensamientos.

Aquí es donde considero que la mayoría de las religiones y prácticas religiosas de la Tierra han errado el camino. La mayor parte de ellas se han centrado en la aceptación intelectual de las Verdades de Dios ─o en el intento de aceptarlas de este modo─, pero resulta evidente que no han logrado una aceptación emocional de dichas Verdades. Si así fuera, no entrarían en conflicto entre sí, no fomentarían la violencia y ni siquiera discutirían por tener opiniones divergentes. Quizás expondrían sus creencias, pero, si la Verdad Divina fuera realmente sentida, el resultado final sería que todos terminarían compartiendo la misma creencia.

Es similar a cómo, con el tiempo, todos terminan teniendo la misma comprensión sobre la gravedad; y la gravedad es, precisamente, una de las Verdades de Dios. Desde una perspectiva física, aceptamos que, con el tiempo, todos terminaremos teniendo la misma creencia sobre cuestiones como la gravedad, la aerodinámica y todos los demás principios científicos del Universo. Es hora de empezar a comprender que, en un momento dado, también compartiremos las mismas creencias respecto al amor, así como sobre las verdades universales de Dios relacionadas con el cuerpo espiritual, el alma de cada individuo y su contenido emocional.

En definitiva, terminaremos teniendo los mismos sistemas de creencias. Esto no significa que vayamos a expresarlos de la misma manera; lo que tendremos serán los mismos sistemas de creencias. Si nuestras opiniones difieren de las de los demás ─y de la Verdad de Dios─, resulta imposible que coincidamos con Dios en su perspectiva sobre cualquier asunto. Por tanto, es necesario que lleguemos a aceptar las opiniones de Dios al respecto.

María: ¿Quieres decir, entonces, que la única forma en que nosotros ─o el mundo en su conjunto─ podemos lograr esto es a través de un proceso basado en el sentir?

Jesús: Exactamente.

María: ¿Así que no se trata simplemente de escuchar algo y adherirse a una doctrina? La verdad debe sentirse en el alma de la persona; no en el cuerpo espiritual, sino en el alma.

Jesús: Así es. Si comprendemos que el amor es una emoción ─ya que, para experimentar realmente la sensación de amor, es necesario sentir una emoción─ y entendemos también que todas las Verdades de

Dios están impregnadas de amor, entonces se deduce que todas ellas son, por naturaleza, emocionales: han de ser sentidas. Por consiguiente, aunque podamos llegar a aceptar ciertas verdades físicas a nivel intelectual, en realidad también terminamos aceptándolas a nivel emocional. De hecho, prácticamente todos los habitantes del planeta, hacia los dos o tres años de edad, ya han aceptado emocionalmente la verdad sobre la gravedad. Se dieron cuenta de que, cada vez que intentaban burlar las leyes de la gravedad, surgía algún tipo de daño o una experiencia emocional; así, han llegado a aceptar en su alma la verdad sobre la gravedad, desde una perspectiva emocional, desde una perspectiva vivencial. Lo mismo ocurre con todas las verdades de Dios: para asimilarlas, debemos experimentar todas y cada una de ellas a nivel emocional. No podemos pretender conocerlas simplemente mediante un proceso intelectual de escucharlas.

Lo que observo en muchas personas que asisten a nuestros seminarios es que creen conocer la verdad de Dios, pero aún no han tenido la experiencia emocional necesaria para liberar los errores que les impiden conocer dichas verdades. Por lo tanto, en ese estado, les resulta imposible conocer realmente las Verdades de Dios y, por consiguiente, les es imposible ser amorosos; por eso, muchos de ellos siguen careciendo de amor. En tales condiciones, les resulta imposible expresar o recibir amor, así como aceptar las Verdades de Dios.

Por tanto, es sumamente importante comprender que esta experiencia emocional es esencial para nuestro progreso; sin ella, no es posible avanzar. El alma está diseñada para progresar únicamente a través de una experiencia emocional.

2.1.1. La Verdad Divina es una experiencia emocional que conlleva un cambio permanente

María: Mencionaste anteriormente que el cambio sería automático; y, una vez que atravesamos este proceso de sentir, dices que también será permanente.

Jesús: Así es. Una vez que hemos liberado el error emocional ─lo cual, en cada ocasión, constituirá una experiencia emocional─ y hemos aceptado la Verdad de Dios respecto a la situación que estamos viviendo ─lo cual también implicará, siempre, una experiencia emocional─, entonces la verdad se instala en nuestra alma y pasa a formar parte de nuestro propio ser. Como resultado, nos resulta imposible actuar en contra de ella sin experimentar un gran dolor; por ello, tendemos a actuar automáticamente en armonía con dicha verdad.

Así, hacemos las cosas de forma natural, sin necesidad de esforzarnos por hacerlas: actuamos con amor de manera espontánea y sabemos, de forma automática, cuál es la verdad en cada circunstancia. Es fundamental comprender que resulta imposible recibir la Verdad de Dios a nivel puramente intelectual sin atravesar una experiencia emocional que nos permita asimilarla. Percibo que persiste un profundo malentendido al respecto de esto entre la mayoría de las personas que siguen nuestras presentaciones.

Muchos todavía creen que es posible comprender la verdad mediante una experiencia meramente intelectual, sin que haya una experiencia emocional; pero eso es imposible. Esta es una de las cualidades de la Verdad de Dios; y lo que me encanta de ella es que, en cierto modo, excluye la experiencia intelectual. Por tanto, a menos que se trate de una experiencia emocional, no hay forma de que podamos descubrir las Verdades de Dios sobre un tema en particular. Dios ha diseñado de esta manera tan hermosa el Universo: para comprender la verdad, debemos experimentar el Universo, en lugar de limitarnos a creer que la conocemos.

María: Sí, y tratar de entenderla mediante nuestros pensamientos.

Jesús: Mediante nuestros pensamientos, exactamente. De hecho, existen muchísimos espíritus en el mundo espiritual ─en la sexta dimensión o por debajo de ella─ que desconocen la mayor parte de las

Verdades de Dios, especialmente aquellas verdades fundamentales que influyen en el alma. La razón por la que carecen de este conocimiento, a pesar de poseer un intelecto altamente desarrollado, es que han rechazado la experiencia emocional. No comprenden esta cualidad específica de la Verdad de Dios: que la Verdad Divina debe sentirse, en lugar de simplemente ser captada a nivel intelectual.

2.2. Si una "verdad" exige que estemos desprovistos de emociones, entonces no puede ser, bajo ningún concepto, la Verdad Divina

María: Bien, ¿qué ocurre si una "verdad" nos exige negar las emociones o distanciarnos de ellas? Esto es algo que vemos con frecuencia, ¿verdad?

Jesús: Así es. Por tanto, si alguien nos presenta una idea o un concepto como "la verdad" ─o como "la Verdad de Dios"─, pero para aceptarlo debemos negar la experiencia emocional (una experiencia emocional positiva), entonces queda claro que no puede tratarse de la Verdad de Dios; tiene que ser, simplemente, una idea creada por el ser humano.

2.2.1. Un ejemplo de Jesús "muriendo por los pecados de otros" en el siglo I

Jesús: Quizás pueda ofrecer algunos ejemplos de esto, comenzando desde una perspectiva religiosa. Desde un punto de vista religioso, muchos cristianos dirían que morí por sus pecados. Ahora bien, si analizamos esto desde una perspectiva emocional ─más allá de la puramente intelectual─, ¿qué tan justo es que una persona muera por los pecados de muchas otras? Por ejemplo, uno nunca le pediría a su propio hijo ─un buen hijo─ que muriera por los pecados de otro niño (incluso si fuera también hijo propio) que hubiera cometido algún error. Uno esperaría que fuera el niño que cometió el error quien pagara por su propia falta.

De hecho, en nuestros días, si un padre culpara a un hijo que no "pecó" ─o que no cometió la falta─ por lo que hizo otro de sus hijos, consideraríamos a ese padre como alguien carente de amor y profundamente injusto. Es más, probablemente nos indignaríamos ante semejante injusticia, cometida por ese padre. Irónicamente, cuando aplicamos este mismo razonamiento a Dios, solemos pensar que Dios actuará de manera injusta; pero eso no es cierto en absoluto. Dios jamás será injusto. De hecho, la sola idea choca con el sentimiento de "¿dónde está la justicia?" para aquel que tiene que pagar por los pecados ─en este caso, yo mismo─. (Risas) Si se supone que yo he pagado por los pecados de todos ─si se supone que Jesús ha pagado por los pecados de todos─, entonces, ¿dónde está la justicia para Jesús? No existe. Por lo tanto, desde una perspectiva emocional, esa enseñanza en particular no puede ser cierta; no puede ser la Verdad de Dios, sino simplemente una idea creada por el ser humano. De hecho, las ideas humanas suelen estar plagadas de injusticias (risas) y de razonamientos puramente intelectuales, carentes de una verdadera vivencia emocional del proceso.

María: ¿Consideras también que esa creencia, tan extendida, de que moriste por los pecados de la gente, conlleva un distanciamiento de la respuesta emocional natural que uno sentiría ante tal injusticia? ¿No será, además, una forma de evitar hacerme cargo de las consecuencias emocionales de mis propios actos, al decir: "En realidad, solo necesito creer en la sangre de Jesús, así que no tengo por qué lidiar con eso"?

Jesús: Sí, creo que la gente utiliza esa idea como justificación ─no sé si eso tiene relación directa con el tema que estamos tratando─.

María: Me refería precisamente a cómo esa creencia fomenta un distanciamiento de las emociones.

Jesús: Por supuesto que nos aleja de las emociones; en el fondo, también aleja al individuo de su propia responsabilidad, de su responsabilidad personal. Aparta a la persona que sostiene esa creencia de muchos procesos personales que debe atravesar: asumir la responsabilidad de su propia vida, vivirla desde una perspectiva emocional, y sentirla también en la perspectiva de Jesús: ¿Cómo se sentiría él si tuviera que pagar por los pecados ajenos? ¿Qué implicaciones tendría eso a distintos niveles?

Lo que planteo es lo siguiente: si analizas esa doctrina ─que se te presenta como la "Verdad de Dios"─ y esta choca con tus sentimientos… dicho de otro modo: si te encontraras personalmente en esa situación, ¿te parecería justa? Y si, al ponerte en el lugar de Jesús, no te parece justa, ¿por qué habría de serlo para Jesús? Obviamente, no es justa para él; por eso, entra en conflicto con la emoción.

Es cierto que a veces las personas sienten emociones que les hacen querer que sean otros quienes paguen por sus propios errores; pero eso no es nada justo. De hecho, hoy en día existen leyes que precisamente impiden que alguien tenga que pagar por las faltas cometidas por otra persona. Así pues, si las leyes humanas no lo permiten y, sin embargo, suponemos que las leyes de Dios sí lo hacen, entonces debemos replantearnos seriamente nuestra forma de pensar; porque, en realidad, al asumir esto, estamos dando por sentado que Dios es peor que la persona más amorosa de la Tierra.

La realidad es que todas las leyes de Dios son muy superiores ─y, por tanto, más justas y amorosas─ que cualquier ley humana. Si en la Tierra nos opondríamos a la idea de que tú pagues por mis faltas, entonces también deberíamos rechazar esa noción desde una perspectiva religiosa o espiritual. Esto nos da una pauta ─o un ejemplo─ de cómo debemos abordar esta verdad en particular. Esta verdad nos indica que, a menos que realmente sintamos, y que sintamos que está bien ─que todo está en armonía, que todo está equilibrado y que todo es ético─, a menos que podamos sentir eso respecto a lo que sea que se nos presente, no será la Verdad de Dios; así de sencillo.

2.3. Experimentar las emociones, deseos, pasiones, intenciones y el principio de amor de nuestra alma para recibir lo de Dios

María: Claro. Bien, basándome en estas notas: tú contrastas la "verdad personal" ─o la verdad de un alma─ con la "Verdad Divina", en cuanto a la emoción.

Jesús: Bueno, analicémoslo desde la perspectiva del alma. ¿Qué es la verdad de un alma? En otras palabras, ¿cuál es la verdad de mi propia alma? Pues bien, son mis creencias, mis deseos, mis pasiones, mis emociones, mi principio de amor ─la expresión de mi amor─; esa es mi verdad. Desde la perspectiva de Dios, la Verdad de Dios consiste en: las emociones de Dios, los deseos de Dios, las pasiones de Dios, el amor de Dios y todo lo que está asociado con Dios; esa es la Verdad de Dios.

En realidad, es bastante simple. Podemos observar ambos aspectos y comprender que, en mi caso, necesitaré atravesar algún tipo de experiencia emocional antes de poder asimilar la verdad. Y para liberar aquello que es lo opuesto a la Verdad de Dios ─es decir, el error que habita en mí─, también debo pasar por una experiencia emocional. Esto implicará involucrar mis emociones, pasiones, deseos, anhelos y el amor que reside en mi interior; tendré que conectar con todo ello.

Desde la perspectiva de recibir el Amor de Dios, debemos entender que Dios posee emociones, deseos, pasiones, anhelos y amor, y que nosotros tenemos la capacidad de recibir estas emociones. Por tanto, tendré que atravesar un proceso para poner mi propia verdad en armonía con la Verdad de Dios antes de que esto pueda suceder. Y la forma en que lo hago tiene que ser emocional, porque el Amor de Dios es emocional: una emoción que proviene de Dios.

María: Y tú mismo decías que la verdad tiene su centro, a nivel emocional, tanto en Dios como dentro de nosotros.

Jesús: Si no se trata de una experiencia emocional, en realidad no existe dentro de nuestra alma; esa es la verdad.

María: Es una afirmación realmente sorprendente, ¿verdad? Plantear que toda esa actividad intelectual —todo ese ajetreo mental—, si no va acompañada de una emoción, en realidad ni siquiera existe.

Jesús: Exacto. Ni siquiera es todavía real. Apenas tiene efecto —si es que tiene alguno— en mi vida. Apenas influye en cómo me siento, porque aún no ha penetrado en mi alma. Apenas afecta a mis sentimientos ni a lo que puedo transmitir a los demás. Si yo no lo siento, nadie más puede percibirlo a través de mí. Puedo creer que amo a alguien, pero si mis sentimientos apuntan, de algún modo, en la dirección opuesta, entonces no lo amo. Lo que siento es algo totalmente distinto, sea lo que sea.

Cuando los sentimientos son auténticos, cabría esperar que otra persona pudiera percibirlos, siempre y cuando esté abierta a recibirlos. Por tanto, el hecho de que yo te ame no garantiza que tú estés abierta a recibir ese amor. Es necesario que exista una apertura en tu alma, una experiencia emocional, para que puedas recibir ese amor en particular. Pues bien, lo mismo ocurre con Dios: el hecho de que Dios te ame no significa que vayas a recibir Su Amor automáticamente. Si no sientes nada, no lo recibirás; así de sencillo. Puedes creer que estás orando por el Amor de Dios, pero no lo recibirás hasta que sientas algo que permita que ese Amor de Dios entre en ti. De hecho, experimentarás esa emoción como el Amor de Dios y te sentirás desbordado por ella; será una experiencia emocional. No puedes evitarlo y, si intentas evitarlo, no podrás recibir el Amor de Dios; así de sencillo. Si tratas de eludir la experiencia emocional, no podrás recibirlo. Es algo que debemos comprender: no podemos recibir la Verdad de Dios ni el Amor de Dios sin que medie una experiencia emocional.

2.4. Solo podemos analizar una “verdad” mediante nuestros sentimientos una vez que hemos eliminado nuestros errores emocionales

María: Vale, entonces, ¿cómo analizamos la verdad si, según lo que acabas de decir, esta no existe realmente cuando solo la abordamos desde el pensamiento?

Jesús: ¿Te refieres a cómo la analizamos?

María: ¿Qué es la verdad? ¿Cómo analizamos lo que es la verdad?

Jesús: Bueno, si observamos esta cualidad en particular, lo que estamos diciendo, en esencia, es que la forma de analizar la verdad es a través de la emoción. Es decir, planteamos que, ante cualquier cosa que recibas, es necesario realizar un análisis emocional, no solo uno intelectual.

2.4.1. Un ejemplo de cómo experimentar emocionalmente la Ley de la Gravitación

Jesús: Si pensamos en las verdades establecidas desde una perspectiva física —tomemos la gravedad como ejemplo—, el análisis emocional de la gravedad suele ocurrir cuando el niño empieza a caminar; y es, básicamente, un proceso automático. El niño comienza a dar sus primeros pasos, pierde el equilibrio y termina cayéndose de bruces. Llora desconsoladamente, empieza a sentir el efecto de la gravedad sobre sí mismo y comprende que, si se eleva más o trepa a algún lugar y se cae, el impacto será mayor y el dolor, más intenso. Así, entiende que cuanto más alto subes, más duele si no respetas esa ley. De este modo, uno empieza a tener cuidado con la Ley de la Gravitación de forma automática, y precisamente porque ha sido una experiencia emocional. Por mucho que un padre le diga a un niño de un año: “Ten cuidado al caminar”; o por más que intente explicárselo, el niño no desarrollará un

verdadero respeto por la Ley de la Gravitación si no atraviesa su propia experiencia emocional personal: no tendrá un sentimiento sobre la ley de la gravedad, no tendrá un sentimiento acerca de su propia seguridad, carecerá de esa percepción y de esa experiencia que surge cada vez que hay dolor al intentar desafiar dicha ley; no tendrá ninguna de esas vivencias; por eso, cada niño debe pasar por su propia experiencia, a pesar de que sus padres ya conozcan la ley de la gravedad.

2.4.2. Examinar la verdad desde una perspectiva emocional, lógica e intelectual

Jesús: Si analizamos esto, la forma de examinar el universo desde una perspectiva más amplia es seguir el mismo procedimiento. Observamos todo tanto desde una perspectiva emocional como desde una perspectiva lógica e intelectual; ambas deben encontrarse, debe existir una concordancia entre lo emocional y lo lógico. La emoción debe contener una explicación lógica ─y, tratándose de la Verdad de Dios, siempre es así; todo funciona de esa manera con Dios─.

Por tanto, toda Verdad de Dios resuena tanto con la emoción como con la lógica. Por cierto, si se excluye la lógica, surge un problema; del mismo modo, si en el análisis se prescinde de la lógica y solo se considera la experiencia emocional, también se presenta un problema. Sin embargo, este no es el principal inconveniente que afecta a la mayoría de las personas en la Tierra, ya que, por lo general, prefieren el intelecto y dejan de lado la emoción.

2.4.3. El principio del alma relativo a la exclusión

María: Bien, ¿qué sucede si aún albergamos errores emocionales en nuestro interior? ¿Podemos, en ese caso, percibir la verdad?

Jesús: No. El error emocional que existe dentro de nosotros actúa, en esencia, como un muro ─un muro emocional─ que impide asimilar la verdad emocional sobre ese mismo asunto. Por consiguiente, tal como explicamos en "Cómo funciona el alma humana" ─otra serie de preguntas frecuentes que respondimos─, si dentro de nuestra alma existe un error, si nos encontramos en un estado emocional determinado respecto a un asunto concreto en un momento dado, entonces, en ese instante y sobre ese tema, ninguna parte de la Verdad de Dios puede penetrar en nosotros, ya que toda la Verdad de Dios sobre dicho asunto también va a ser emocional. Y ambas emociones se oponen totalmente entre sí: la emoción asociada al error se contrapone a la emoción asociada a la verdad.

Por tanto, la única manera de asimilar la verdad real ─independientemente de lo que pensemos a nivel intelectual─, la única forma en que nuestra alma puede absorber la verdad, es pasando primero por un proceso de liberación emocional del error. Una vez que se ha producido dicha liberación, adquirimos la capacidad de asimilar la verdad a nivel emocional.

Por eso es tan fundamental comprender este principio sobre la Verdad de Dios: si creemos que podemos asimilarla mediante la mente mientras, al mismo tiempo, mantenemos un error en nuestra alma sobre ese mismo asunto, nos estamos engañando a nosotros mismos. Bajo tales circunstancias, resulta imposible cambiar de forma automática o actuar espontáneamente conforme a lo que dicta la verdad.

Lo que debemos entender es que la Verdad de Dios se siente y se experimenta emocionalmente. Si no la estoy sintiendo ni experimentando a nivel emocional, significa que albergo un error ─que es, en sí mismo, también una emoción─ que deberá ser experimentado antes de que la experiencia emocional de la Verdad de Dios pueda llegar a mí.

Es necesario comprender cómo nuestra alma obstaculiza la asimilación de la Verdad de Dios; y una de las formas principales en que lo hace es impidiendo las emociones. Esta es la razón por la que muchas personas que llevan años conociendo la Verdad Divina no progresan tan rápido como podrían:

suelen bloquear constantemente sus emociones, y cuando se bloquea la emoción, resulta imposible recibir una nueva verdad.

2.5. El crecimiento eterno hacia la verdad universal solo es posible cuando poseemos "inteligencia emocional"

María: Bien, una última cuestión a partir de tus notas: has dicho: "El crecimiento eterno hacia la verdad universal solo es posible cuando poseemos inteligencia emocional". ¿A qué te refieres con esta "inteligencia emocional"?

Jesús: Bueno, si tuviera que definir el término tal como yo lo entiendo, la inteligencia emocional consiste en que tus emociones estén en completa armonía con la lógica. No se trata simplemente de expresar emociones sin ninguna inteligencia o lógica.

Por ejemplo, para mí, la emoción de la ira no constituye una expresión de inteligencia emocional. Es una emoción basada en el error, de la cual debemos desprendernos. Por tanto, debemos permitir que fluya hacia afuera; si poseemos inteligencia emocional, entenderemos que esa ira necesita salir, y nos permitiremos experimentarla en un entorno seguro, de tal manera que no cause daño a nadie más. En otras palabras, no caeríamos de repente en un ataque de furia que nos llevara a asesinar a alguien; si tuviéramos inteligencia emocional, seríamos incapaces de hacer algo así. La razón es que, en nuestro interior, existirían otras emociones que nos dirían: "Asesinar a alguien es incorrecto; supone arrebatarle su voluntad y su vida, y someterlo a nuestro control, lo cual no está en armonía con el amor". Por esa razón, sentiríamos que instintivamente nos resulta imposible asesinar a alguien, bajo cualquier circunstancia ─incluso si esa persona intentara matarnos a nosotros o a nuestros seres queridos─, siempre y cuando esa convicción estuviera arraigada en nuestra alma.

Es fundamental comprender que, si poseyéramos inteligencia emocional, sabríamos que debemos desprendernos del error para poder recibir la verdad; y este proceso de soltar el error es, en sí mismo, una experiencia emocional. Asimismo, sabríamos que el proceso de asimilar la Verdad de Dios es una experiencia emocional; al tener inteligencia emocional, seríamos conscientes de ello y no nos resistiríamos a dicho proceso. Lo que observo en muchas personas es que se resisten al proceso con todas sus fuerzas; pasan gran parte de su vida tratando de evitarlo mediante el intelecto o luchando contra él. Esto es un indicio de que existe poca inteligencia emocional.

Necesitamos desarrollar cierta inteligencia emocional si queremos llegar a comprender todas las Verdades Universales de Dios. La razón es que, como he mencionado, hasta la sexta dimensión es posible recibir verdades a nivel intelectual, intentar actuar de forma distinta y lograr cambios a lo largo de periodos prolongados. Sin embargo, el alma aún no ha experimentado una transformación completa; para que esto ocurra, el alma debe atravesar la experiencia emocional de liberar sus errores, adquiriendo así la capacidad emocional necesaria para comprender la Verdad de Dios. Este es un proceso que deberá emprender toda persona que desee alcanzar la unidad con Dios.

Si no nos involucramos en este proceso, no estamos demostrando una verdadera inteligencia emocional. Podemos creer que somos intelectualmente inteligentes, pero, en realidad, para alcanzar una felicidad plena, es indispensable poseer inteligencia emocional. De hecho, cuando esta se desarrolla por completo, surge una inteligencia emocional plena, del mismo modo que la inteligencia intelectual también alcanza un alto grado de desarrollo. En ese punto, la persona adquiere la capacidad de asimilar nueva información, ya que no existen bloqueos emocionales que lo impidan; todos los errores emocionales que obstaculizaban dicha asimilación han sido liberados.

2.6. Descubrir la verdad mediante un proceso emocional

María: Pero, antes que nada, debemos permitir que este proceso emocional tenga lugar.

Jesús: Exacto. Al igual que un niño atraviesa un proceso vivencial al descubrir la Ley de la Gravitación, nosotros debemos permitirnos experimentar y vivir un proceso de descubrimiento para hallar todas las Verdades de Dios; todas ellas.

En otras palabras, estamos inmersos en un proceso emocional de descubrimiento de la verdad; eso es lo que estamos haciendo, y debemos ser conscientes de ello. No se trata simplemente de un ejercicio intelectual del tipo: "¿Cómo funciona esto? ¿Cómo funciona aquello?". Se trata, más bien, de una percepción emocional sobre el funcionamiento de todo, lo cual deriva en un conocimiento profundo. Al haber liberado el error, una vez que la verdad entra en nosotros, comprendemos cómo funciona todo y nos resulta sumamente sencillo ponerlo en práctica. De hecho, en tales circunstancias, nos resulta imposible no ponerlo en práctica.

Entonces, quienes tienen dificultades para amar aún no han iniciado ese proceso en particular; todavía no han comprendido que la Verdad de Dios siempre se siente, que siempre constituye una experiencia emocional. Si te cuesta llevarla a la práctica, significa que existen bloqueos emocionales ─basados en el error─ que deben ser liberados. ¿Y por qué sucede que no logras experimentar este error? Porque albergas la creencia de que el intelecto debe prevalecer sobre la emoción; sin embargo, Dios no creó el alma de esa manera. Dios la creó tal como la observamos en un niño: el niño atraviesa un proceso basado en la experiencia. Por mucho que un progenitor le dé lecciones a su hijo (risas) sobre algo ─por ejemplo, acerca de un peligro─, tarde o temprano el niño solo descubrirá dicho peligro a través de su propia experiencia. Y esa es la belleza de la forma en que Dios lo ha dispuesto.

Si comprendiéramos esto desde el principio, nos centraríamos menos en el análisis intelectual ─cuestionándonos "¿qué es la verdad y qué no lo es?"─, evitando así interminables debates al respecto, y nos enfocaríamos, en cambio, en la vivencia emocional. Analizaríamos todo lo que nos llega y diríamos: "Muy bien, escucho a una persona que me expone lo que ella considera que es la verdad. Voy a analizar esta verdad desde una perspectiva emocional. ¿Tiene sentido para mi inteligencia emocional? No solo para mi intelecto, no solo para mi lógica". Y es que muchas cosas que se presentan como aparentemente lógicas pueden descartarse al instante en cuanto uno se permite analizarlas desde el corazón, desde una perspectiva emocional; esto es algo que se aplica a la mayoría de las enseñanzas espirituales en este planeta. Podrías descartarlas de inmediato si las analizaras únicamente desde esta perspectiva en particular.

3. ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión, arraigada en el alma, de que "la Verdad Divina se siente, es emocional"?

María: Decimotercera cualidad. ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión, arraigada en el alma, de que "la Verdad Divina se siente, es emocional"?

3.1. No intentar vivir según la Verdad Divina, sino más bien sentir en nuestra alma las emociones propias de la Verdad Divina

Jesús: Bueno, en primer lugar, no "intentaría" hacer nada; comprenderíamos que el proceso en el que nos encontramos ─en lo que respecta al amor─ no es automático. En otras palabras, si no comprendo las Leyes de Dios de forma automática, significa que existe una emoción que debo experimentar y la cual se opone a mi comprensión. No se trata de una comprensión intelectual errónea, sino de una emoción que albergo en mi interior y que no está en armonía con el amor y la verdad. Si comprendiera esto ─que el error, por llamarlo de algún modo, es de naturaleza emocional y no intelectual (es decir, que no se trata de una falta de conocimiento intelectual)─, entonces tendría una comprensión mucho más profunda de esta cualidad en particular.

Por tanto, en mi vida cotidiana, no "intentaría" o no me "esforzaría" en hacer nada en particular; no utilizaría mi intelecto para tomar decisiones, ni me limitaría a cambiar mis acciones. En su lugar, buscaría sentir cada una de las emociones que experimento respecto a ese asunto concreto. Y, al notar que un sentimiento no está en armonía con el amor o la verdad, desearía liberarme de él. Si comprendiera esta cualidad, no me resistiría a ese proceso; al contrario, lo acogería con agrado y me involucraría en él voluntariamente.

Como bien sabes, todavía no hay muchas personas en el planeta que amen este proceso; por consiguiente, todavía no han llegado a comprender, a nivel del alma, esta Verdad Divina en particular.

3.2. Comprender que, si estamos "intentando" algo, es porque aún no hemos realizado el cambio necesario en nuestra alma

María: Muy bien, veamos algunos puntos de tus notas. Creo que acabas de abordar este punto: "No intento vivir en la Verdad Divina; más bien, siento la Verdad Divina como emociones dentro de mi alma". Comprendo que, si tengo que esforzarme, si tengo que "intentarlo", es porque aún no he realizado el cambio que es necesario hacer a nivel del alma.

Jesús: Y esa es una comprensión muy importante a alcanzar a nivel del alma. Entender que, si tienes que esforzarte y cambiar tus acciones, pero en tu alma persiste el deseo de seguir haciendo lo que hacías antes ─algo que sabes que carecía de amor─, entonces eso significa que aún no se ha producido un cambio a nivel del alma.

3.2.1. Un ejemplo de propósitos para abandonar adicciones

Jesús: Por ejemplo, alguien que fuma decide dejarlo. Deja de fumar, pero sigue sintiendo el deseo de encender un cigarrillo. (Risas) Eso indica que, a nivel del alma, no ha cambiado nada; la causa profunda de ese deseo de fumar sigue intacta. Es como alguien que quiere beber para emborracharse constantemente: si no se ha producido un cambio en el alma, la persona se sentirá atraída de nuevo hacia ese patrón de comportamiento, por mucho que haya realizado un cambio a nivel intelectual.

Por eso, por lo general, los propósitos de Año Nuevo no suelen funcionar muy bien. La mayoría de las personas, ya sea en Nochevieja o en el día de Año Nuevo, se dicen: "Quiero cambiar mi vida, quiero vivir experiencias nuevas que no tuve el año pasado, quiero tratarme mejor a mí mismo…". Por lo general, llegan a este punto tras un par de semanas en las que, precisamente, se han tratado mal a sí mismas. Y, entonces, deciden: "Muy bien, voy a hacerme algunos propósitos". Y por lo general, a los dos o tres días de haber comenzado el Año Nuevo, la mayoría de esos propósitos ya han quedado en el olvido. La razón es que, por mucho que intentemos abordar las cosas desde el plano intelectual, si no se produce un cambio a nivel del alma, resulta muy difícil lograr una transformación real.

María: Entonces, a menos que lloremos profundamente en Nochevieja o el día de Año Nuevo…

Jesús: …respecto al asunto que queremos cambiar, es muy poco probable que al día siguiente se produzca un cambio.

3.3. Ser siempre consciente de que existe una emoción en mi interior cuando no estoy en armonía con la Verdad Divina

María: De acuerdo: "Siempre soy consciente de que hay una emoción en mi interior cuando no estoy en armonía con la Verdad Divina".

Jesús: Exacto. Supongamos que, mediante mi análisis intelectual ─mi análisis lógico─, observo que Dios actúa de cierta manera, pero yo no lo hago; o bien, que Dios posee una comprensión determinada, pero yo no parece que la tenga. En lugar de intentar cambiar mi forma de pensar al respecto, necesito cambiar mi alma. Y la única manera en que el alma puede transformarse es atravesando una experiencia emocional: liberando el error para poder asimilar la verdad. Comprendo esto y no lo evito; no intento eludirlo mediante el pensamiento, ni trato de razonar intelectualmente que debería ser posible evitar el dolor que conlleva el error, ni busco librarme de tratar con el error. Me permito vivir la experiencia; eso es lo que haría si tuviera una comprensión, a nivel del alma, de esta cualidad de la Verdad de Dios.

También elegiría, de forma activa, experimentar esa vivencia emocional en lugar de optar, igualmente de forma activa, por evitarla. Veo que muchas personas hacen precisamente eso: eligen, de manera activa, evitarla. Empezamos a hablar de una verdad, la emoción comienza a surgir en la persona que alberga el error; el error empieza a aflorar, pero la persona lo vuelve a empujar hacia adentro (risas) y lo reprime. Esto sucede porque no existe una comprensión, a nivel del alma, de esta Verdad Divina en particular: que toda la Verdad de Dios debe ser sentida. Es necesario permitir que la experiencia emocional tenga lugar.

María: Sí, exactamente. Por lo tanto, lo que buscamos es identificar y experimentar aquellas emociones que no están en armonía con el amor.

Jesús: Así es; de hecho, esto se convierte en nuestra principal prioridad en todos los aspectos de la vida. Supongamos que hoy nos ha ocurrido algo negativo, por ejemplo, un accidente de coche. En lugar de intentar solucionar el accidente ─o sus consecuencias─ desde una perspectiva puramente intelectual, yo me centraría, a nivel emocional, en la pregunta: "¿Por qué ha ocurrido este accidente?". Ha de haber algo en mi alma que ha provocado este suceso en particular.

3.3.1. Un ejemplo relacionado con dolencias físicas

Jesús: Si analizamos el caso de una enfermedad ─como el SIDA, el cáncer, una afección cardíaca o cualquier otra patología que ponga en peligro la vida─, observamos que muchas personas tienden a cambiar su estilo de vida, pero no sus emociones. Es cierto que, a veces, modificar el estilo de vida puede desencadenar cambios emocionales y, por ende, generar ciertos beneficios. Sin embargo, en la mayoría de los casos, si no se produce un cambio a nivel emocional, la enfermedad ─ya sea cáncer, SIDA o cualquier otra dolencia─ persistirá o incluso empeorará; no mejorará. La única forma de lograr una mejoría es liberando el error emocional que dio origen a la enfermedad.

Si me limito a cambiar mi dieta o mis rutinas diarias desde un plano puramente intelectual, sin atravesar ninguna experiencia emocional, es muy poco probable que encuentre una cura (salvo, quizás, mediante la intervención médica). Sin embargo, si me permito vivir esa experiencia emocional, es muy probable que logre sanar. Pero debemos comprender que el hecho de padecer una enfermedad nos indica hasta qué punto estamos bloqueados emocionalmente; nos revela, por tanto, nuestra resistencia a experimentar las emociones que dieron origen a dicha enfermedad ─pues, de lo contrario, esta no habría llegado a manifestarse─. Por tanto, el hecho de que padezcamos una enfermedad indica que existen enormes niveles de resistencia y de adicciones que debemos afrontar, algo que, hasta ese momento, no hemos estado dispuestos a hacer, pero que es necesario abordar si queremos lograr una transformación profunda, a nivel del alma, respecto a este asunto.

Así pues, si me doliera la cabeza, no recurriría de inmediato a un analgésico; mi primera reacción sería preguntarme: "Muy bien, ¿qué emoción estoy reprimiendo en este momento?". Es decir: "¿Qué experiencia, no armónica con el Amor y la Verdad de Dios, he albergado en mi interior ─y que me estoy impidiendo sentir─, la cual está provocando este dolor de cabeza en particular?". Una vez comprendida esta verdad, esa sería mi primera ─y probablemente única─ vía para intentar resolver el

problema. La mayoría de las personas no actúan así. Por el contrario, buscan de inmediato un remedio físico; y, una vez que lo encuentran, pierden todo interés por identificar la emoción subyacente. Esa emoción permanece entonces en el alma, bloqueando el acceso a la Verdad de Dios. Me parece algo muy lamentable; por ello, es fundamental que comprendamos este aspecto en particular.

3.4. No negar ni falsear, a nivel intelectual, nuestra propia condición ante nosotros mismos

María: Siguiendo con lo anterior, supongo que a esto se refiere el punto de tus notas: "No niego ni falseo, a nivel intelectual, mi propia condición ante mí mismo".

Jesús: Exacto. No me digo a mí mismo: "El accidente que ha ocurrido hoy ha sido culpa de otra persona". Tampoco me digo: "Esta enfermedad que padezco puede curarse únicamente mediante medios físicos". En lugar de caer en tales errores ─vistos desde la perspectiva de Dios─, me digo la verdad: todo tiene una raíz emocional; existe una razón por la que padezco esta dolencia o por la que he vivido esta experiencia dolorosa en particular. Siempre va a tener algo que ver con mis emociones; siempre va a estar relacionado con ellas. Y querré saber qué fue lo que ocurrió, en vez de intentar buscar una solución intelectual.

Todavía me sorprende que las personas que han asistido a sesiones sobre la Verdad Divina durante cinco o seis años sigan intentando encontrar una solución intelectual. Esto indica lo mucho que temen su propia experiencia emocional y, además, que aún no comprenden una cualidad fundamental de la Verdad de Dios: sin la experiencia emocional, es imposible recibir realmente la Verdad de Dios.

Por eso, mi intención es atravesar la experiencia, no evitarla. ¿Por qué alguien querría evitarla, si la experiencia emocional es el único camino para descubrir la verdad? Si uno fuera consciente de esto, ¿por qué trataría de evitar dicha experiencia? Por supuesto que no lo haría.

Así pues, cada vez que intentamos evitar la experiencia emocional, nos estamos recordando a nosotros mismos que aún no hemos comprendido la "Decimotercera Cualidad" de la Verdad Divina: la idea de que la Verdad Divina ─la Verdad de Dios─ debe sentirse y experimentarse antes de que podamos llegar a comprenderla.

3.5. Comprender emocionalmente que no podemos enseñar la Verdad Divina si no podemos sentirla

María: Bien: "Comprendo emocionalmente que no puedo enseñar la Verdad Divina si no puedo sentirla".

Jesús: Así es. Tiene sentido: si no puedo sentir la Verdad Divina personalmente en mi alma ─y, por consiguiente, actuar de forma natural conforme a ella─, entonces resulta bastante hipócrita intentar enseñársela a otra persona. Obviamente, solo le estoy transmitiendo un concepto intelectual, ya que la única manera de que esa persona aprenda la Verdad de Dios es atravesando una experiencia emocional que yo mismo aún no he vivido. (Risas) Por tanto, cualquiera que intente enseñar la Verdad de Dios a otra persona mientras niega su propia experiencia emocional es, en el fondo, un hipócrita. Todavía no ha comprendido la importancia de la Verdad Divina; y esta tiene que ver, ante todo, con la experiencia emocional. Por tanto, es realmente imposible enseñarle a otra persona algo que uno mismo aún no ha experimentado personalmente.

Podrías decirle cosas como: "Bueno, me han dicho que…, pero todavía no lo he experimentado. Creo que la razón por la que aún no lo he experimentado es porque siento dentro de mí una emoción ─una forma de error─ que me impulsa a hacer lo contrario". Podríamos decir algo así, pero no podemos ser dogmáticos ni categóricos respecto a lo que constituye la Verdad de Dios sin haber pasado nosotros mismos por la experiencia emocional correspondiente. Y, si lo somos, yo diría que ese

dogmatismo o esa rigidez no se basan en el amor ni en una experiencia personal, sino en algún tipo de miedo que la persona alberga.

3.6. Comprender que no podemos ayudar a otros con la verdad si aún no la hemos sentido nosotros mismos

María: Sí, y en relación con esto: "Comprendo, a nivel emocional, que no puedo ayudar a otra persona con la verdad si todavía no la he sentido yo misma".

Jesús: Exacto. ¿Cómo puedes ayudar a alguien a comprender la verdad sobre sí mismo si tú aún no has atravesado la experiencia emocional que te permite comprender la verdad sobre ti mismo? Veo que esto ocurre constantemente con muchas personas.

3.6.1. Un ejemplo: los médiums

Jesús: Hay muchas personas que practican la mediumnidad, por ejemplo, y que hacen esto. Le transmiten a otros lo que ellas consideran que es la verdad ─o lo que el espíritu considera que es la verdad─, cuando el propio médium aún no ha pasado por esa experiencia.

En tal caso, es sumamente improbable que el médium le esté diciendo lo correcto a la persona que, al igual que él, aún no ha vivido esa experiencia. El médium debe, primero, atravesar su propia experiencia emocional, y solo entonces estará abierto a la verdad. Y, al estar abierto a la verdad, atraerá a espíritus que también están abiertos a esa misma verdad ─la de que la Verdad Divina debe sentirse─; y estos espíritus no se dedicarán a contarle a la persona cosas sobre su vida que sean totalmente falsas o engañosas. Serán más honestos y veraces respecto a lo que realmente está ocurriendo en la vida de esa persona.

Es imposible ayudar a otro cuando uno mismo aún no ha atravesado la experiencia emocional necesaria. Así que, simplemente, deja de intentar hacerlo. (Risas) Deja de creer que puedes enseñar a otra persona a amar si tú mismo no has aprendido a amarte a ti mismo. Deja de creer que puedes enseñar a otro algún tipo de Verdad de Dios si no has sentido esa verdad en lo profundo de tu alma; porque, si no la has sentido en tu alma, es imposible que puedas enseñarla.

3.7. Comprender que, si no sentimos, nuestra comprensión del Universo será deficiente

María: Bien. La última: "Comprendo que, si no siento, mi comprensión del Universo será deficiente".

Jesús: Exacto. Esta es una de las infinitas cosas que debemos entender sobre la emoción: las emociones tienen la capacidad de crecer infinitamente. En otras palabras, nuestra alma fue creada por Dios para recibir el Amor de Dios ─que es, en sí mismo, una emoción─, y este Amor que recibimos de Dios transforma nuestra alma, aumentando su capacidad para acoger más verdad. Dicho de otro modo: sin amor ni emociones, carecemos de la capacidad de expandirnos y, por tanto, de recibir cada vez más Verdad de Dios.

Si realmente comprendiéramos esto, veríamos que nuestra comprensión intelectual del Universo tiene un límite si no nos involucramos emocionalmente. Podremos entender ciertas cosas y sentirnos fascinados por ellas, pero, al final, existirá un techo que jamás podremos superar a menos que atravesemos determinadas experiencias emocionales. Dios ha dispuesto las cosas de tal manera que existen ciertos aspectos del Universo, así como de nuestro propio ser, que resultan totalmente incomprensibles para el intelecto; para entenderlos, es necesario atravesar una experiencia emocional personal.

Ahora bien, los seres humanos realizamos este proceso de forma natural desde el nacimiento,

pero, lamentablemente, para cuando un niño alcanza los siete años, la capacidad de tener ese proceso experiencial suele haber sido fuertemente reprimida. Ahí radica nuestro problema: al haber reprimido este proceso y al creer erróneamente que el intelecto debe prevalecer, hemos obstaculizado la expansión universal e infinita de nuestra propia alma; una realidad, por desgracia, muy triste.

Existen muchas personas dotadas de gran agudeza intelectual y discernimiento mental que, sin embargo, carecen de experiencias emocionales profundas relacionadas con la Verdad de Dios. Estas personas permanecerán en ese estado hasta que se permitan comenzar a transitar por esa experiencia emocional. Al hacerlo, su capacidad de comprensión ─incluso a nivel intelectual─ se expandirá más allá de sus límites actuales, ya que el alma aborda este proceso de una manera fundamentalmente distinta a como lo hace el intelecto. Esto abre vías dentro del alma que nos permiten asimilar una mayor parte de las Verdades de Dios, pues hemos logrado integrar el amor suficiente como para comprenderlas.

En otras palabras, al volvernos más amorosos, entramos en una mayor armonía con el Universo que nos rodea; en consecuencia, logramos comprender una parte más amplia de la Verdad de Dios de la que éramos capaces de comprender anteriormente. De hecho, si no se produce una transformación en lo que respecta al amor, la comprensión resulta inalcanzable; hay cuestiones que, sencillamente, son imposibles de entender. Por mucho que ejercitemos el intelecto, no lograremos captarlas. Solo cuando nos abrimos a la emoción del amor, adquirimos la capacidad real de comprenderlas.

Por tanto, si analizamos esta cualidad en particular, es, de nuevo, muy fundamental comprenderla, desde una perspectiva emocional, para entender cómo discernir la verdad. Tal vez convenga ilustrarlo con algunos ejemplos.

3.8. Examinar las emociones carentes de amor

Jesús: Cada vez que algo provoca una rebelión emocional en nuestro interior ─es decir, cuando sentimos algo como: “Eso no está bien, eso no es justo, eso no es amoroso”─, es muy probable que debamos examinar esa situación. Puede ocurrir que nuestro sentido de la justicia o nuestro sentido del amor estén distorsionados; ese es, precisamente, el primer punto que debemos revisar. Si experimentamos tales emociones y, al mismo tiempo, no estamos conectados con Dios respecto a esos asuntos en particular, es muy posible que descubramos que nuestra percepción del amor o de la justicia está distorsionada. Sin embargo, una vez que logramos establecer y mantener una conexión con Dios ─con el Amor de Dios─, seremos capaces de determinar con bastante rapidez cuál es la verdad sobre cualquier tema.

María: Es evidente que, a veces, incluso nuestro sentido de la justicia y nuestra lógica pueden estar muy distorsionados, ¿verdad? Por ejemplo, cuando alguien le dice la verdad a otra persona, a menudo esta última lo percibe como algo carente de amor y experimenta una rebelión interna. Aquí es donde sugieres que debemos analizar qué es lo que realmente nos está ocurriendo a nivel emocional antes de emitir un juicio.

Jesús: Exacto. Si lo analizamos desde una perspectiva lógica, podemos decir: “Bueno, lo único que hizo esa persona fue expresarme lo que ella consideraba que era la verdad”. Pero debemos examinar el sentimiento subyacente: ¿lo hizo con la intención de atacarnos o de menospreciarnos? ¿Cuál es su historial? ¿Ha actuado siempre de manera amorosa? ¿Cómo lo comunicó? ¿Lo hizo a gritos, con una actitud condescendiente o arrogante? ¿Intentó ridiculizarnos o hacernos sentir mal? Si la respuesta es no, entonces lo único que hizo esa persona fue intentar transmitirnos una verdad. Si me preocupa cómo se recibe algo ─pongamos por caso a un esposo y una esposa: ella se acerca a él y le pregunta: “¿Me veo gorda con estos vaqueros?”, y él responde: “Sí, te ves bastante gorda con esos vaqueros; de hecho, últimamente te has visto bastante gorda”─, y si él lo expresó con amor y cariño hacia ella, pero aun así

ella se molesta mucho, entonces ella debería empezar por preguntarse: “Vaya, ¿por qué me he molestado tanto?”. A veces, parece que nuestro valor personal está ligado a nuestro peso corporal (sonríe); por tanto, debemos analizar por qué ha ocurrido esto: ¿qué ha sucedido exactamente para provocar esa reacción emocional? Y debemos comprender que, desde la perspectiva de Dios, eso sería un error.

Así que existen formas de determinar qué es verdad y qué no, planteándonos este tipo de cuestiones. Pero, ¿qué ocurre si alguien se nos acerca gritando, vociferando, maltratándonos o ridiculizándonos? Si alguien intenta hundirnos o atacarnos ─y si sentimos todo eso─, es muy poco probable que debamos prestar atención a lo que esa persona tiene que decir, al menos desde la perspectiva de Dios, ya que no se encuentra en una posición que le permita transmitirnos ninguna verdad. La persona no está en condiciones de mostrarnos ninguna verdad. Se trata de emociones que ella está experimentando y que no están en armonía con el amor ni con las Leyes Universales del amor de Dios; por lo tanto, podemos descartar la idea de que sea necesario escuchar a esas personas en ese momento concreto.

Eso sí, hay ocasiones en las que las personas se enfadan o se irritan cuando, en realidad, tienen parte de razón. Por eso, si actuáramos con verdadero amor hacia nosotros mismos, nos preguntaríamos: “¿Tienen razón en algo?”, y abordaríamos esa cuestión de manera personal. Pero no deberíamos responder con ira, pues cada vez que reaccionamos así, es señal de que existe un error emocional en nuestro interior que debemos examinar. Así que obsérvalo; permítete experimentar esa rabia ─sin dirigirla hacia la otra persona─, ve a casa, siente la ira, vive la experiencia y llega hasta el miedo o la pena que subyacen y que, a nivel emocional, estás intentando negar. Sigue ese camino, porque es la única forma de resolver este tipo de problemas. Es la única manera de alcanzar una mayor armonía con las Leyes de Dios.

María: Mmm, de acuerdo. Muchas gracias.

4. Es necesario afrontar la “verdad” personal antes de poder encontrar la Verdad Divina

María: Catorceava cualidad. ¿A qué te refieres cuando dices: “Es necesario afrontar la ‘verdad’ personal antes de poder encontrar la Verdad Divina”?

Jesús: Sí, probablemente la mejor forma de expresar esto sea decir que es necesario afrontar el *error personal* antes de poder encontrar la Verdad Divina; pues, la mayoría de las veces, lo que nos impide recibir la Verdad Divina en nuestra alma es el error en el que nos encontramos respecto a determinados temas, sean cuales sean.

Con esto quiero decir que debemos comprender que, mientras nuestra alma albergue un error, estará ejerciendo su voluntad para resistirse a la Verdad de Dios. Y, a menos que estemos dispuestos a afrontar nuestro error personal ─aquello que, en nuestro interior, creemos que es verdad pero que, en realidad, es un error (y recordemos que se trata de una experiencia emocional, por lo cual debemos afrontarlo y vivirlo a nivel emocional)─, no seremos capaces de hallar la Verdad de Dios sobre ese asunto en particular.

Así es, en esencia, como empleamos nuestra voluntad: debemos aprender a utilizarla para permitirnos afrontar todo lo que reside en nuestro interior, en nuestra propia alma.

4.1. La “verdad” personal comprende las emociones, deseos, intenciones, sentimientos y creencias de una persona

Jesús: Recuerda que esta “verdad personal” ─o “error personal”, según el caso─ se manifiesta en forma de emociones, deseos, pasiones, anhelos e intenciones dentro del alma. No se trata de un

concepto intelectual; reside en el interior de nuestra alma y es, precisamente, lo que nos impide recibir una mayor parte de la Verdad de Dios.

Por tanto, debemos afrontar lo que realmente hay en nuestra alma; no lo que quisiéramos que hubiera, ni lo que preferiríamos ver, ni lo que esperamos que contenga, ni lo que deseamos que los demás piensen que hay en ella. Nada de eso; lo que debemos hacer es afrontar lo que, en realidad, reside en nuestro interior. ¿Qué es lo que realmente hay ahí? ¿Qué es lo que realmente existe en cuanto a nuestras intenciones, a nuestras verdaderas intenciones, y no lo que nos gustaría creer que son, ni lo que esperamos que los demás crean que son, sino lo que realmente son? ¿Y qué hay de la condición de amor que tengo en mi alma? No lo que nos gustaría que fuera, ni lo que esperamos que los demás piensen que es, sino lo que realmente es.

4.2. Si nos negamos a sentir nuestra "verdad" personal, nunca seremos capaces de sentir la Verdad Divina

Jesús: A eso se refiere el hecho de afrontar la verdad y el error personales; esta cualidad ─la decimocuarta─ nos indica que debemos afrontar dicha verdad y dicho error dentro de nuestra alma antes de poder recibir la Verdad de Dios sobre cualquier asunto en particular; hasta que eso ocurra, solo estamos escuchando palabras.

4.2.1. Un ejemplo: personas que asisten a los seminarios sobre la Verdad Divina

Jesús: Este ha sido el problema para muchas personas que acuden a nuestros seminarios. Vienen, escuchan las palabras, "bla, bla, bla…" (y yo hablo durante mucho tiempo, como ya todo el mundo sabe). Escuchan muchas palabras y retienen algunas, pero en realidad retienen muy poco, porque existe muy poca apertura en el alma para examinar, desde una perspectiva emocional, la verdad o el error personal que reside en su interior.

Es como si la verdad se presentara, entrara por un oído y, como suele decirse, saliera por el otro. (Risas). Por lo general, no llega a almacenarse en ninguna parte, ya que en el interior del alma persisten emociones basadas en el error ─así como intenciones y creencias erróneas─ que aún no han sido experimentadas emocionalmente. Es necesario vivirlas a nivel emocional para que la verdad pueda entrar; debemos aprender a afrontar esta verdad personal.

Lo que veo es que muchas personas tienen un deseo inmenso de conocer la Verdad de Dios sobre un tema determinado, pero, al mismo tiempo, no tienen interés alguno en comprender su propio error personal respecto a ese mismo asunto. Esto no favorece en absoluto la recepción de la Verdad de Dios; porque, a menos que comprendas, sientas y experimentes tu error personal en relación con ese tema, nunca llegarás a conocer realmente la Verdad de Dios al respecto. De hecho, es imposible conocer la Verdad de Dios sobre un asunto mientras tu verdad personal siga ahí dentro, dictando cuál será el resultado. Es un acto de voluntad; se trata de usar la voluntad de tu alma para cambiar eso. En algún momento tienes que estar dispuesto a examinarte a ti mismo con total honestidad y veracidad, sin reservas; tienes que estar dispuesto a atravesar ese proceso.

La mayoría de las personas que escuchan la Verdad Divina no están dispuestas a pasar por ese proceso durante muchísimos años, y la razón es que tienen todo tipo de juicios al respecto. Quieren vivir una vida feliz, pero creen que pueden lograr una vida feliz sin desprenderse de sus errores, lo cual, en realidad, no es cierto. Por lo tanto, existen muchas creencias en el alma del individuo que, por lo general, impiden que la Verdad Divina penetre en ella, por mucho que se le hable de ella.

Es por eso que hay personas a las que les he hablado de la Verdad Divina durante cinco años y, en todo ese tiempo, nada de ella ha calado en su interior; esto sucede porque no han estado dispuestas a permitir que entre. Hay emociones en lo profundo de su alma que no desean experimentar, y son precisamente esas emociones las que les impiden vivir o recibir la Verdad Divina en su interior. Y,

como la Verdad Divina no ha sido recibida en su alma, nada puede cambiar; y si nada cambia, significa que siguen siendo la misma persona que eran hace cinco años. Entonces dicen: “Esto no funciona”. Pues claro, claro que no funciona si utilizas tu propia voluntad para bloquear el proceso. De esa manera, nunca, jamás, va a funcionar.

4.2.2. Conocernos a nosotros mismos antes de conocer a Dios

María: Solía pensar ─o decir─ que este es un sistema maravilloso: Dios interactúa con nosotros como un padre lleno de amor, deseando que nos conozcamos a nosotros mismos; y, para conocernos, tenemos que mirarnos de frente a nosotros mismos. Sinceramente, siempre me ha parecido algo hermoso que Dios nos ame tanto que no solo quiera que lo conozcamos…

Jesús: O que finjamos conocerle.

María: Sí, pero, en realidad, Dios desea que estemos en ese proceso de llegar a conocerlo, de descubrir la belleza que llevamos dentro y de sanarnos verdaderamente. Al vivir esto, siendo totalmente sincera, me resulta muy confrontador afrontar algunas de las cosas que hay en mi interior ─esas emociones erróneas que albergo─ y…

Jesús: Y es necesario afrontarlas si queremos recibir más Amor Divino y más Verdad Divina. Esta cualidad implica, básicamente, que debemos afrontar estas cosas que no queremos mirar. Para poder recibir más Amor y Verdad, debemos encarar eso, y debemos elegir hacerlo desde el corazón, no desde la mente. No podemos forzarlo, no podemos apresurar el proceso; debemos atravesarlo impulsados por los anhelos de nuestra alma. Ha de ser una experiencia emocional en la que nos involucremos plenamente, con plena conciencia a nivel emocional.

María: Y, de nuevo, a nivel intelectual puedo apreciar lo hermoso que es este diseño; puedo ver la belleza en el hecho de que Dios nos pida, en realidad, que desarrollemos nuestra voluntad de una manera tan sincera a medida que llegamos a conocerle.

Jesús: Porque esto significa que realmente cambiamos, que realmente crecemos; no es algo fingido, no es solo una fachada, ni se trata simplemente de aprender algo que, en el fondo, no nos interesa. Para aprender algo, debemos sentir un interés genuino. Esa es la belleza de todas las Verdades de Dios: es necesario que te interese aprenderlas con pasión. De hecho, existe una cualidad del alma que dicta que, si no sientes un interés apasionado por una de las Verdades de Dios, no podrás recibirla. Es imposible recibir una de las Verdades de Dios cuando no existe un interés real por hacerlo.

4.3. Si nuestra emoción personal se opone a la Verdad Divina, entonces no podemos sentir el Amor Divino en su totalidad

María: Bien, entonces, según tus notas, dices: “Si nuestra emoción personal se opone a la Verdad Divina, entonces no podemos sentir completamente el Amor Divino”.

Jesús: Así es. Si pensamos en nuestras emociones personales ─recuerda que nuestras emociones, intenciones, creencias, pasiones y deseos forman parte del alma─… estas determinan la voluntad del alma. Por tanto, cuando empleamos términos como “voluntad” o “anhelar el Amor de Dios mediante la propia voluntad” ─es decir, “anhelar el Amor de Dios”─, en realidad estamos diciendo que debemos poner nuestras pasiones, deseos, creencias, motivaciones e intenciones en armonía con dicho anhelo;

eso es precisamente a lo que nos referimos. Es necesario lograr que todos estos elementos estén en armonía para que nuestra voluntad pueda expresarse a través de un anhelo genuino por algo.

Ahora bien, cuando realmente anhelamos algo, terminamos recibiéndolo; la mayoría de las personas olvidan esto. Dicen: "Vaya, me gustaría recibir algo de Amor de Dios… pero no siento nada; seguramente Dios no ha querido dármelo". En realidad, es que tú aún no has querido recibirlo. Existe un bloqueo emocional en tu interior que te impide recibirlo por el momento. Identifica ese bloqueo: ¿en qué consiste?

Uno de los posibles bloqueos es, sencillamente, la apatía ─la creencia de que, al final, nada de esto tendrá valor para ti─; eso puede constituir un bloqueo. Existen obstáculos de todo tipo. Otro podría ser la convicción de que algo es inalcanzable, de que es imposible. También puede tratarse de una desilusión. Todos estos son bloqueos que debemos permitirnos sentir; solo así podrán disiparse y, una vez liberados, permitir que la verdad entre.

María: Has mencionado varios ejemplos que deberíamos analizar.

Jesús: Sí, así es.

4.3.1. Un ejemplo: creer que no tenemos valor y que no somos dignos de ser amados

María: Entonces, si creo que no tengo valor y que no soy digna de ser amada…

Jesús: Sí, mucha gente me dice: "He anhelado el Amor de Dios, pero no recibo nada", y yo respondo: "Está bien. ¿Estás seguro de que has anhelado el Amor de Dios?". "Oh, sí, he anhelado el Amor de Dios". "¿Te consideras alguien sin valor y a quien no es posible amar?". Ellos responden: "Sí, así es". "Bueno, si crees eso, ¿cómo puedes decir que anhelas el amor de Dios?". El sentimiento real que surge de tu alma es: "No valgo nada y no soy digno de ser amado". Esa es la oración, esa es la declaración que le llega a Dios: "No valgo nada y no soy digno de ser amado". Entonces, ¿qué le estás diciendo a Dios con eso? "No te molestes en amarme; no valgo nada y no soy digno de ser amado".

María: Y aquí es donde planteas que esa emoción personal, en realidad, se opone a la Verdad Divina.

Jesús: Efectivamente, se opone a la Verdad Divina; desde la perspectiva de Dios, eres digno de ser amado y vales muchísimo. Para Dios, eres más importante que cualquier otra cosa física que Dios haya creado ─a excepción de las almas humanas de los demás─; así de importante eres para Dios. Por tanto, vales más que el Sol, vales más que la Tierra, vales más que cualquier otra cosa en la creación ─según Dios─, a excepción de cualquier otra persona.

Así pues, mientras creas que no vales nada y que no eres digno de ser amado, estarás albergando una emoción opuesta. Tu emoción se contrapone a la emoción de Dios. Ahora bien, la única forma de liberarse de una emoción que se opone a la emoción de Dios es, precisamente, sentir esa emoción. Por consiguiente, tendrás que sentir por qué te sientes sin valor y no digno de ser amado; tendrás que sentir el dolor que eso conlleva. Una vez que sientas el dolor de esa emoción, entonces, cuando anheles el Amor de Dios, podrás decir: "Valgo algo y soy digno de ser amado; ¿podrías darme un poco de tu amor?". Y, naturalmente, desde ese estado, el Amor podrá fluir hacia ti, porque ahora estás abierto a recibirlo.

María: Porque, en ese aspecto, te encuentras en armonía con la Verdad Divina.

Jesús: Porque estás en armonía con la Verdad Divina en ese aspecto, pero también porque ahora existe una apertura en tu corazón que expresa: "Valgo algo y soy digno de ser amado, y deseo ese amor",

mientras que antes decías: “No valgo nada, no soy digno de ser amado, en realidad no quiero amor”; eso es lo que tu alma estaba diciendo en realidad.

En algún momento, tu alma tiene que cambiar lo que dice. No es tu intelecto el que pide el amor, es tu alma. Por lo tanto, debes estar dispuesto a cambiar el sentimiento que hay en tu alma. Y si el sentimiento en tu alma es: “No valgo nada y no soy digno de ser amado”, no puedes recibir el Amor de Dios en ese estado, porque se encuentra en completa falta de armonía con la verdad desde la perspectiva de Dios. Desde la perspectiva de Dios, vales muchísimo y eres digno de ser amado; y hasta que no estés dispuesto a abandonar esa idea de que “no vales nada y no eres digno de ser amado” ─sintiéndola plenamente─, no podrás recibir la verdad de Dios: que sí vales, y que eres digno de ser amado. Este es un ejemplo de cómo es necesario afrontar tu verdad personal ─o tu error personal─ antes de poder encontrar la Verdad de Dios.

4.3.2. Un ejemplo: sentir que somos mejores que los demás

María: Bien, otro ejemplo. ¿Qué pasa si creo que soy mejor que los demás?

Jesús: De acuerdo. Supongamos que en mi alma existe un sentimiento arrogante de superioridad: “Soy mejor que tú, sé más que tú. Para Dios, valgo más que tú”. “Valgo más que los demás”; ya conoces esa clase de sentimiento. Pues bien, ese sentimiento está en absoluta falta de armonía con la Verdad de Dios en ese aspecto, pues según la Verdad de Dios tú vales exactamente lo mismo que cualquier otro de Sus hijos, ni más, ni menos ─esa es la Verdad de Dios─. Mientras albergues en tu alma ese sentimiento arrogante de superioridad ─esa idea de que vales más─, no podrás recibir el Amor de Dios; no es posible recibir Su Amor ni Su Verdad en ese aspecto. La Verdad de Dios es que eres igual a los demás. Si vas por ahí con esa actitud arrogante, de condescendencia, desaprobación y superioridad hacia los otros, quienes te rodean lo percibirán; y Dios sabe que te encuentras en desarmonía con Sus Leyes. En ese estado, no podrás recibir el Amor de Dios. Quizás recibas sensaciones agradables o halagadoras por parte de espíritus ─que, por cierto, no se encuentran en una buena condición espiritual─, pero no recibirás el Amor de Dios, porque tu alma está utilizando su propia voluntad para mantenerse, de forma deliberada, en desarmonía con la verdad.

¿Y cómo me deshago de eso? Solo sintiendo mi propia arrogancia, sintiendo mi propia superioridad, sintiendo de dónde proviene. ¿Qué la originó? ¿Por qué creo que soy tan importante, más importante que los demás? A menudo, esto se debe a que, de niños, fuimos tratados con cierto favoritismo en comparación con otros, y como resultado, crecimos creyendo que somos mejores. O tal vez nuestro intelecto sea más agudo que el de algún otro, y por eso creemos que somos más inteligentes. O quizás tenemos una inclinación científica y creemos que eso nos hace superiores a los demás. Sea lo que sea que nos mantenga en este estado de arrogancia, es necesario sentirlo y liberarlo. Porque si no es sentido y liberado ─si esta verdad personal no es sentida y liberada─, la Verdad de Dios no puede entrar en ti. La Verdad de Dios, que consiste en que “eres igual a la otra persona”, no podrá entrar en ti.

4.3.3. Un ejemplo de la creencia de que podemos infringir las Leyes de Dios sin sufrir consecuencias

María: Muy bien, pasemos a la siguiente. “¿Qué pasa si creo que puedo seguir infringiendo las Leyes de Dios sin sufrir consecuencias?”.

Jesús: Sí. Veo a muchas personas que creen anhelar el Amor de Dios pero que, al no recibir nada, concluyen que todo es culpa de Dios, mientras asumen que ellas no están haciendo nada malo. Pues bien, no es así: el hecho de que no recibas el Amor de Dios, a pesar de creer que lo estás pidiendo,

significa que no lo estás solicitando de la manera en que Dios lo diseñó; o bien, implica que ya estás infringiendo las Leyes de Dios ─siendo consciente de ello─ y no tienes ninguna intención de cambiar. Veo a muchas personas en ese estado: sin ninguna intención de cambiar. Puedes hablarles hasta el cansancio sobre el problema específico al que se enfrentan, pero ellas no tienen la menor intención de modificarlo. Por tanto, utilizan la voluntad de su propia alma para evitar afrontar su verdad personal; no han querido encarar su propia condición. Lo que sucede en ese momento es que están bloqueando la recepción de la Verdad de Dios, así como la recepción de Su Amor. Y esto puede prolongarse durante… bueno, he visto casos que han durado miles de años.

Algunos de mis amigos del primer siglo todavía permanecen en los "infiernos" debido a ese problema en particular; creen que deberían poder infringir las Leyes de Dios sin consecuencias y, aun así, recibir Su Amor, mejorar y alcanzar un lugar o una condición más agradable en el mundo espiritual. Pero las cosas no funcionan así. De hecho, ninguna de las Leyes de Dios permite que las cosas funcionen de esa manera, lo cual es, en realidad, algo excelente.

María: Es algo muy bueno, ¿verdad?

Jesús: Es algo muy bueno; sin embargo, la mayoría de las personas en la Tierra creen que deberían ser capaces de manipular la ley. Por ejemplo, cuando a la persona promedio la sorprenden conduciendo con un exceso de velocidad, lo primero que busca es una forma de librarse de las consecuencias. Esa persona quiere manipular las situaciones para evitar las consecuencias de lo que ha ocurrido.

No puedes manipular ninguna de las leyes de Dios. Una vez que has infringido una ley, se impone automáticamente una sanción. ¡Pum! No hay nada que puedas hacer al respecto. No puedes acudir a Dios y decirle: "Oh, lo siento, ¿podrías dejarme pasar esto por alto? La próxima vez lo haré mejor". Nada de eso funciona con Dios. La mayoría de las personas en la Tierra creen que sí funciona, y lo piensan porque así han sido educadas: de niños lograban salirse con la suya ante sus padres, y al crecer, también lo hicieron en la sociedad; por eso ahora creen que deberían poder librarse de las consecuencias, según lo que ellas consideren correcto o incorrecto. No puedes permanecer en ese estado y, al mismo tiempo, recibir la Verdad de Dios; es imposible.

María: Últimamente he escuchado a varias personas que conocemos decir: "Bueno, sí, sé que tengo ese problema, pero, oye, emocionalmente me encuentro bastante bien. No estoy peor que nadie más aquí". En realidad, esa es solo una forma de eludir las leyes que están infringiendo conscientemente, ¿verdad?

Jesús: Sí, y me produce mucha tristeza alguien que dice: "No estoy peor que nadie más aquí", porque, en el fondo, lo que están diciendo es: "Todos los demás aquí están en los infiernos ─ya que esa es, básicamente, la condición general de la población terrestre─, y yo no estoy peor". Bueno, no me parece que eso sea algo maravilloso; es decir, en mi caso, no estaría presumiendo de eso, diciendo: "No estoy peor; eso significa que no me encuentro en un infierno más profundo que los demás"; pero, aun así, sigues estando en los infiernos. ¿Qué sentido tiene eso, cuando podrías estar actuando en armonía con el amor? Ese tipo de comentarios provienen de personas que utilizan la voluntad de su alma para no tener, en absoluto, el deseo de crecer en el amor. Solo buscan satisfacer sus adicciones actuales y no tienen interés alguno en crecer en el amor; de lo contrario, no dirían tales cosas. De hecho, una persona que realmente desea crecer en el amor nunca dice esas cosas.

4.3.4. Un ejemplo de una persona que ha sufrido abuso infantil y se niega a abordar el asunto emocionalmente

María: Bien, aquí hay otro ejemplo, quizás un poco más confrontador: “Una persona que ha sufrido abuso infantil y se niega a abordar el asunto emocionalmente”.

Jesús: Sí; esta es una de las dificultades a las que se enfrentan muchas personas en la Tierra: haber sufrido abusos durante la infancia, ya sean de carácter violento o sexual. El problema con este tipo de abuso es que crecemos tratando de mantenernos emocionalmente alejados de él; crecemos intentando desconectarnos emocionalmente de lo sucedido. El inconveniente es que, al hacerlo, el alma utiliza su propia voluntad para desconectarse de sus propias emociones.

Ahora bien, dado que la Verdad de Dios solo puede experimentarse a nivel emocional, resulta imposible que dicha experiencia de la Verdad de Dios penetre en el alma mientras la persona niegue su propia vivencia emocional. Para poder avanzar hacia Dios, quien ha sufrido abusos debe decidir sentir la experiencia emocional de lo que ocurrió en su pasado. Es un proceso que puede resultar sumamente difícil, pero es esencial; de lo contrario, la persona permanecerá en un estado de negación de sus propias emociones y, por consiguiente, incapaz de experimentar cualquier vivencia emocional nueva.

Tal y como he explicado en la serie de preguntas y respuestas titulada “Cómo funciona el alma”, el alma no está diseñada para elegir selectivamente unas emociones frente a otras. Si decides bloquear una gran parte de tu vida ─y una persona que se ha bloqueado a causa de un abuso, por lo general, termina bloqueando toda su vida sexual y su existencia entera debido al miedo─, te encuentras con amplias áreas de bloqueo; y no podemos esperar recibir continuamente el Amor de Dios mientras permanezcamos en esa condición.

Tendremos que abrirnos a esas emociones. Y aunque una persona pueda desear ayuda para lograrlo ─quizás acudiendo a un terapeuta─, también es posible realizar todo el proceso por cuenta propia, junto a Dios; eso sí, será necesario estar dispuesto a atravesar dicho proceso. El proceso de sentir nuestras emociones es independiente de quién las haya provocado, ya sea que las hayamos generado nosotros mismos mediante nuestras propias decisiones o que hayan sido causadas por alguien más. Si, haciendo uso de nuestra voluntad, decidimos bloquear la experiencia emocional, no podremos afrontar nuestra verdad personal; y si no afrontamos nuestra verdad personal, la Verdad de Dios no puede entrar en nosotros. Del mismo modo, bajo esas condiciones, el Amor de Dios tampoco puede entrar en nosotros.

María: A menudo, esto resulta una experiencia que confronta mucho a las personas, ¿verdad? Vemos que mucha gente se aferra a situaciones del pasado porque piensa: “Yo no hice eso; ¿por qué tengo que pasar por ello ahora?”.

Jesús: Si lo analizas bien, esa es, en realidad, una expresión de ira. Es un estado de enojo que plantea: “Yo no me hice esto a mí mismo, así que no debería tener que pasar por ello ahora”. En el fondo, es sentir enfado hacia la persona que causó el daño, o incluso hacia Dios o cualquier factor externo. Por lo tanto, tendrás que hacerte cargo de esas emociones y sentirlas. Cuando empieces a sentir esas emociones, comenzarás a recibir algo de amor ─esa es la realidad─, porque la Verdad de Dios podrá entrar en ti.

Llegas a un punto en el que te das cuenta de lo siguiente: “¡Ah! De repente comprendo que, en lo que respecta a sentir mis propias emociones, nadie más puede hacerlo por mí. Nadie más puede, en realidad, sentir mis emociones en mi lugar; nadie más puede vivir mi experiencia”. Y, una vez que comprendes esto, te das cuenta de que todas las emociones que llevas guardadas en tu interior ─ya sea porque surgieron de malas decisiones que tomaste en tu vida, o porque otra persona te maltrató o te hizo daño─, todas esas emociones están ahora dentro de ti, y solo tú tienes el poder de liberarlas. Nadie más puede hacerlo por ti; de hecho, es precisamente esto lo que te otorga el poder de cambiar. Si el proceso dependiera de otras personas ─incluso de aquella que te maltrató─, significaría que tendrías que esperar a que esa persona cambie para poder cambiar tú, lo cual no sería nada justo. El sistema, tal

como Dios lo ha diseñado, requiere que seas *tú* quien cambie para que el Amor de Dios pueda entrar en ti; y para que el Amor de Dios pueda entrar en otra persona, entonces ella será quien tenga que cambiar. Y Dios ha diseñado este sistema con gran sabiduría, permitiéndote obtener un control total sobre tu propia vida personal; eso es algo muy positivo.

María: Así es, sí. Y es algo en lo que, creo, no mucha gente piensa.

Jesús: Así es, en absoluto piensan en ello; porque cuando alguien se encuentra en un estado de ira, sintiendo el deseo de culpar a los demás, a menudo no considera la otra cara de la moneda: la perspectiva de Dios. La verdad es que Dios creó todo a la perfección para que tú ─en una relación directa con Dios─ no necesites a nadie más; ¡y eso es fantástico! No necesitas un sacerdote, ni que el abusador se arrepienta, ni que nadie que te haya hecho daño pida perdón. Solo necesitas atravesar tu propio proceso de perdón y arrepentimiento ante Dios; eso es todo.

4.4. No podemos evitar los sentimientos de nuestra propia verdad personal y, al mismo tiempo, recibir la Verdad Divina

María: Bien, hay un par de puntos más que creo que ya has abordado: "No podemos evitar los sentimientos de nuestra propia verdad personal y, al mismo tiempo, recibir la Verdad Divina".

Jesús: Sí, es algo bastante evidente. Mientras intento evitar mi propia verdad personal ─y recuerda que esta abarca el plano emocional: deseos, pasiones, intenciones, sistemas de creencias, todo lo que habita en mi interior─, mientras evito afrontar esa realidad y ser honesto sobre lo que hay allí, la Verdad de Dios no puede entrar en mí, porque Dios es honesto respecto a lo que existe en mi interior. Por tanto, al evitar la honestidad sobre lo que llevo dentro, me opongo directamente a que la Verdad de Dios entre en mí. Estoy utilizando la voluntad de mi alma para bloquear la recepción de la Verdad Divina.

María: Es realmente muy sencillo, ¿verdad? Y, como has mencionado anteriormente, para ser sinceros, es algo que un niño podría hacer sin dificultad. Sin embargo, nosotros mismos creamos toda clase de obstáculos frente a un proceso tan simple, ¿no es así?

Jesús: Sí, es sencillo; pero, como adultos ─habiendo aprendido durante muchísimos años a negar la verdad sobre nosotros mismos, a reprimir nuestras emociones y a rechazar el amor─, es evidente que surgirán muchos bloqueos. Aunque el proceso en sí sea simple, se vuelve difícil ─nada fácil─ debido a todos estos obstáculos. Por tanto, debemos trabajar emocionalmente para superar cada uno de estos bloqueos: toda la ira que sentimos al respecto, luego todo el miedo, y finalmente, toda la aflicción terminará fluyendo hacia afuera. Una vez que esto sucede, el proceso de recibir se vuelve sumamente sencillo.

4.5. Los sentimientos que se oponen al amor y a la verdad deben liberarse mediante la experiencia directa de los mismos, antes de que la Verdad de Dios pueda entrar en nosotros como un sentimiento y una experiencia

María: Bien, veamos el último punto que planteas aquí: "Los sentimientos que se oponen al amor y a la verdad deben liberarse mediante la experiencia directa de los mismos, antes de que la Verdad de Dios pueda entrar en nosotros como un sentimiento y una experiencia".

Jesús: Exacto. Esto no es más que una extensión de lo que veníamos comentando: aquellos sentimientos que no están en armonía con el amor y la verdad son, precisamente, los bloqueos.

María: Entonces, para reiterar: los sentimientos que no están en armonía con el amor y la verdad son los bloqueos.

Jesús: Son bloqueos, sí, para recibir la Verdad de Dios y el Amor de Dios. Por lo tanto, la única manera de liberarme de estos sentimientos que existen en mi interior ─y que no están en armonía con la verdad y el amor─ es sentirlos. Esto no significa que sean verdaderos; simplemente implica que debo sentir el error que se ha generado y que ahora reside en mi alma. Una vez que siento este error, este se disipa, y el muro que me impedía recibir la verdad queda desmantelado. Al desaparecer el muro, la verdad puede fluir con facilidad en cuanto yo la anhele. Si siento un anhelo sincero, la verdad y el Amor de Dios fluirán; pero, para ello, es indispensable ese anhelo sincero. Necesito, pues, desprenderme del error, y para lograrlo requiero un deseo genuino; debo soltar el error y, posteriormente, elegir anhelar el Amor y la Verdad provenientes de Dios, antes de que la verdad pueda penetrar en mí. Esto equivale a afrontar mi propia verdad personal para, así, poder recibir más Verdad de Dios; implica dejar atrás todo aquello que, siendo un error en mi interior, me impide recibir dicha Verdad divina.

María: Sí, excelente.

5. ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal la comprensión ─desde la perspectiva del alma─ de que es necesario afrontar la "verdad personal" antes de poder hallar la Verdad Divina?

María: En relación con la decimocuarta cualidad: "¿Cómo se manifiesta en mi vida personal la comprensión ─desde la perspectiva del alma─ de que es necesario afrontar la "verdad personal" antes de poder hallar la Verdad Divina?".

5.1. Tener un deseo intenso de vernos tal como Dios nos ve

Jesús: Bueno, en primer lugar, buscaría siempre comprender qué es lo que realmente ocurre en mi interior; no lo que espero que ocurra, ni lo que deseo que los demás perciban, ni la fachada que presento, sino conocer ─a través del sentimiento─ lo que sucede verdaderamente dentro de mí. No evitaría ese proceso de sentir lo que ocurre en mi interior. Querría saber más sobre mí mismo. Si alguien que se encuentra en un estado de amor superior al mío pudiera decirme algo al respecto, sería fantástico. De hecho, agradecería que me lo dijeran, en lugar de intentar evitar sus palabras. Permitiría que la Ley de Atracción me revelara mi estado real. Así, en vez de ignorar lo que ha sucedido hoy, me preguntaría: ¿qué ha ocurrido? ¿Qué me revela esto sobre mi alma que no está en armonía con la Verdad de Dios o con el Amor de Dios? ¿Qué hay en mi alma que está provocando estos problemas en particular?

Podría tratarse de dos tipos de cuestiones: por un lado, situaciones en las que uno se siente constantemente atacado ─lo cual está relacionado con el amor hacia uno mismo─; por otro, situaciones en las que uno mismo está dispuesto a atacar o dañar a los demás ─lo cual tiene que ver con el amor hacia los demás─. En cualquier caso, sería necesario abordar el asunto y examinar con honestidad lo que ha ocurrido en nuestro interior. Analizaríamos todo lo que hemos atraído a lo largo del día: desde cómo interactuamos con los insectos hasta cómo nos relacionamos con otras personas; lo examinaríamos todo.

Lo examinaríamos todo: ¿qué ocurre en mi relación con Dios? ¿He recibido Amor Divino hoy? Si no es así, significa que existe un bloqueo; necesito afrontar alguna verdad personal. Hay verdades sobre mí mismo que aún debo descubrir. Podría orar para conocer cuáles son esas verdades ─ya sea sobre un tema específico o sobre mi ser en su totalidad─. Rezaría para llegar a comprender esas

cuestiones; cultivaría un anhelo personal por saber. Eso es precisamente lo que harías si vivieras en armonía con esta cualidad.

Te darías cuenta de que, sin pasar por este proceso de descubrir cómo soy realmente, la Verdad de Dios no puede entrar en mí. La Verdad de Dios es, precisamente, cómo soy en realidad; cuando la Verdad de Dios entra en mí, revela mi verdadera naturaleza. Si me resisto a conocer cómo soy realmente, ¿cómo podría entrar en mí la Verdad de Dios? Es imposible. Por tanto, consideraría esto como una prioridad fundamental en mi vida. No lo dejaría en un segundo plano, limitándome a buscar la diversión diaria y a realizar un breve análisis de dos minutos al final de la jornada. Toda mi existencia estaría centrada en intentar armonizar mi vida, sintiendo lo que ocurre en mi interior tal como es en realidad, y no como desearía que fuera.

María: Muy bien, ¿quieres hablar de algunos de los puntos que anotaste?

Jesús: Sí, gracias.

María: Ya has abordado gran parte de esto en tu introducción: "Tengo un deseo profundo de verme tal como Dios me ve, en lugar de negar o ignorar mi verdad emocional".

Jesús: Exacto. Debemos recordar que la Verdad de Dios es la forma en que Dios percibe el Universo. Y, dado que formas parte del Universo ─estás dentro de él─, la Verdad de Dios también abarca cómo te ve Dios a ti. Si no estás dispuesto a sentir cómo te ve Dios, no podrás estar en armonía con Dios. Y, al no estar en armonía con Dios, tampoco estarás en armonía con Sus Leyes ni con Su Amor; por consiguiente, no puedes esperar recibir el Amor o la Verdad de Dios mientras te encuentres en ese estado. Así que, tarde o temprano, tendrás que aceptar el hecho de que la forma en que Dios te ve es lo más importante.

Necesito saber cómo me ve Dios; debo empezar por intentar comprenderlo intelectualmente, pero, lo que es más importante, una vez que percibo que la forma en que me veo a mí mismo no coincide con la forma en que Dios me ve, tendré que transformar un sentimiento en mi interior. Esto requerirá que yo decida, mediante el ejercicio de mi propia voluntad, llevar a cabo dicho cambio. Nadie más puede obligarme a hacerlo; no necesito que alguien me ayude a lograrlo, sino que debo elegir hacerlo por mí mismo. Si actúo de este modo, viviré en mayor armonía con esta cualidad, al comprender que este error personal constituye un obstáculo importante en mi relación con Dios. Por tanto, si realmente deseo con intensidad mantener una relación con Dios, querré descubrir cuáles son mis errores personales.

5.2. Aceptar lo que Dios nos muestra a través de la Ley de la Atracción

María: Bien: "No me resisto a lo que Dios me muestra a través de la Ley de la Atracción; al contrario, lo acepto". Has hablado sobre esto.

Jesús: Hablemos un poco más al respecto. Aceptar la Ley de la Atracción es algo muy distinto de lo que hace la mayoría de la gente. Lo habitual es que las personas se resistan, casi por completo, a lo que la Ley de la Atracción les ha traído en un día determinado.

Recuerda que la Ley de la Atracción actúa sobre tu alma; por tanto, te revela cuál es el estado real de tu alma. Sin embargo, lo que solemos hacer es crear una vida en la que nos rodeamos de comodidades, evitando cualquier situación que se salga de lo habitual; es a eso a lo que estamos acostumbrados. Actuamos así porque nos ayuda a eludir aquello que hemos atraído ─o que atraeríamos de no haber buscado esa comodidad─, y es precisamente por esta razón que, cuando viajamos, por ejemplo, solemos experimentar una mayor activación emocional y una mayor inestabilidad. La razón es

que tenemos una mayor oportunidad para percibir las diferencias en cuanto a lo que la Ley de la Atracción nos trae, en función del estado de nuestra alma.

Por ello, necesitamos involucrarnos en experiencias nuevas a lo largo del día: realizar actividades distintas, relacionarnos con personas nuevas y hacer todo tipo de cosas diferentes en nuestra jornada. Si realmente amáramos la Ley de la Atracción, buscaríamos interactuar con ella. No nos pasaríamos la vida tratando de evitarla; no nos pasaríamos la vida teniéndole miedo; querríamos abordarla, ya que es el mensajero de la verdad de Dios para nosotros; nos revela lo que Dios siente respecto a nosotros.

Si recordamos que todas las leyes de Dios son perfectas, y, por tanto, que todo el funcionamiento de la Ley de la Atracción es perfecto, veremos que esta nos revela la verdad sobre nosotros mismos. Por ejemplo, si sufrimos un ataque, eso nos indica que no nos amamos lo suficiente. Si, por el contrario, somos nosotros quienes atacamos a otros ─provocando su enfado─, eso nos señala que no estamos actuando con suficiente amor hacia los demás. Debemos reconocer estos asuntos relacionados con el amor tal como son en realidad ─errores en nuestra alma─ y permitirnos liberarlos. De hecho, si comprendiéramos realmente esta cualidad, desearíamos verlos y liberarlos, en lugar de intentar evitarlos.

5.3. No falsear una postura de Verdad Divina cuando sabemos que nuestra verdad personal es muy distinta

María: De acuerdo. “No intento falsear una postura de Verdad Divina cuando sé que mi verdad personal es muy diferente”.

Jesús: Exacto. En otras palabras, no trato de “fingir hasta lograrlo” ─una expresión muy extendida en el mundo, especialmente en los movimientos de la “Nueva Era”─. Es un enfoque también muy común en la mayoría de las religiones: “fingir hasta lograrlo”, o “fingir hasta creerlo”, o hasta que eso pase a formar parte de ti.

Ese no es el camino a seguir. Dios nunca finge ante nosotros; Dios conoce nuestra condición real. Lo mejor que podemos hacer ante Dios es no fingir nada, ser quienes realmente somos y observar nuestra propia realidad, con todos nuestros defectos incluidos. Y si eso implica descubrir, al principio, una gran cantidad de aspectos negativos sobre nosotros mismos y tener que aceptar esa realidad, entonces permítete hacerlo. Deja de intentar engañarte a ti mismo ante Dios; no va a funcionar. Dios ya lo ve todo y está esperando a que tú veas lo que Dios ve. Eso es parte de recibir realmente la Verdad de Dios: que tú veas lo que Dios ve.

Así que permítete reconocer lo que realmente hay en tu interior. Permítete ver lo que Dios ve dentro de ti. Dios percibe muchas cosas buenas que tú no logras ver, y también ve muchas otras que no son precisamente positivas, aunque tú creas que están bien; esa es la realidad. Dios ve muchos aspectos positivos sobre ti que tú consideras negativos, y aspectos negativos que tú percibes como positivos. Tendrás que cambiar tu perspectiva en ambos casos si deseas entrar en armonía con la Verdad de Dios.

5.4. No ocultar nuestros verdaderos deseos, incluso cuando carecen de amor

María: Bien: “No intento ocultar ante mí misma ni ante los demás mis verdaderos deseos, incluso cuando estos carecen de amor”.

Jesús: Exacto. En otras palabras, me permito decir: “Vaya, realmente no me agrada esa persona”. No me lo oculto a mí mismo; no trato de fingir que sí me agrada. Simplemente reconozco: “No me agrada. Voy a explorar por qué no me agrada. ¿Qué está ocurriendo en mi interior que provoca este rechazo? ¿Qué emoción me está impulsando? ¿Qué error personal llevo dentro que me lleva a sentir odio o

aversión hacia mi hermano, o a no disfrutar de su compañía?", o cualquier otra cosa. "¿Qué está pasando dentro de mí?".

Cuando estoy verdaderamente en armonía con esta cualidad ─la de afrontar la verdad personal─, puedo decir: "Vaya, es cierto; siento eso respecto a esa persona. Caramba, eso no es muy amoroso". Pero no se trata de un juicio contra mí mismo. Debo decirme: "Bueno, no estoy siendo muy amoroso en este aspecto; ¿qué quiero hacer al respecto?". ¿Quiero indagar en la razón por la que no estoy siendo muy amoroso, o prefiero ignorarlo y simplemente fingir que todo está bien? Ahora bien, en el momento en que decides ignorarlo, debes comprender las consecuencias; si optas por ignorarlo, dejas de estar en condiciones de recibir el Amor Divino y la Verdad Divina, y así seguirá siendo hasta que decidas reconocer que así es como funcionan las Leyes de Dios en relación con el alma humana, la verdad y el amor.

Así que, cuando decido ignorar algo, lo que en realidad estoy haciendo es bloquear automáticamente el flujo del Amor y la Verdad que provienen de Dios hacia mi alma; debo ser consciente de ello, en lugar de pretender que todo está bien. La mejor forma de verlo es observar tu vida actual y compararla con la que tenías hace dos, tres o cuatro años, y preguntarte: "¿Realmente he cambiado? ¿Me siento de manera distinta? ¿Siento más amor, y trato a los demás con más amor? ¿Me siento más positivo, y trato a los demás de una forma más positiva? ¿Siento un mayor deseo de verdad, anhelo más la verdad? ¿Siento un mayor deseo del Amor de Dios, anhelo más el Amor de Dios?". Haz una evaluación honesta de quién eres hoy en comparación con quien eras hace cuatro años.

¿Cuánto tiempo dedicas a estas cuestiones? La mayoría de las personas descubrirán que, entre hace cuatro años y hoy, apenas hay diferencias, más allá de, quizás, el lugar donde viven (risas), la persona con la que están o circunstancias similares. Por lo demás, en el interior del alma suelen persistir muchos de los mismos sentimientos que existían hace cuatro años. Si este es tu caso, significa que, durante ese periodo de cuatro años, no has afrontado mucha de tu verdad personal; no has tenido la disposición de afrontarla.

Y la razón principal ─de hecho, la única razón─ por la que no has crecido es que no has querido conocerte a ti mismo. Así que, ¡basta ya! Deja de evitar ese conocimiento y empieza a desear saber acerca de ti. Empieza a asimilar la verdad sobre ti mismo. Dios ha dispuesto, en todo el Universo, innumerables elementos que revelan la verdad acerca de quién eres.

María: Minuto a minuto.

Jesús: Minuto a minuto.

5.4.1. Abordar la fachada y el yo herido

María: Supongo que, en lo que dices sobre no ocultarse a uno mismo ni esconder los sentimientos reales, existen, por así decirlo, tres estados posibles. Uno es la fachada: intentar ocultar quiénes somos, tanto a los demás como a nosotros mismos. El segundo es, más o menos, al que te referías: reconocerlo y asumir la responsabilidad por ello.

Jesús: Sentir tu yo herido, pero querer seguir siendo ese yo herido. Mucha gente se queda estancada ahí.

María: Vale. A ese es al que me refería.

Jesús: Mira, por un lado está la fachada ─donde ni siquiera quieres saber qué sientes realmente, fingiendo ser alguien distinto a quien eres en realidad─, lo cual siempre será un problema. Pero luego hay una segunda situación: sientes tus heridas, pero no quieres hacer nada al respecto; no deseas

cambiar ni crecer en el amor. De hecho, a menudo lo que buscas es rebelarte desde esa posición. Para mí, eso equivale a sentir el yo herido sin ningún deseo de volverse más amoroso.

María: Sí, y me parece que, en ese estado, algunas personas llegan a ser bastante abusivas; se aprovechan del principio de la sinceridad y dicen: "Bueno, ya he dejado atrás mi fachada; así es como soy ahora".

Jesús: "Soy una malvada y no me importa; tienes que aguantarme". Eso carece totalmente de amor; de hecho, al actuar así, le estás causando aún más daño a tu propia alma.

María: Y todo ello bajo la excusa de decirle la "verdad" a los demás.

Jesús: Sí, ir por ahí diciendo: "Tú eres esto, tú eres aquello", sin examinar con sinceridad tus propios motivos —que, la mayoría de las veces, consisten en menospreciar a los demás para sentirte mejor contigo mismo—. En realidad, no estás siendo honesto contigo mismo; en cierto modo, sigues manteniendo una fachada. No estás sintiendo realmente tu emoción causal. La mayoría de las personas empiezan a ser honestas respecto a su emoción causal, pero aun así deciden no sentirla.

Para ser verdaderamente honesto con respecto a la emoción que llevas dentro, tienes que sentirla. Muchas personas tienen una fachada; luego, al desprenderse de ella, empiezan a percibir lo que sienten. Empiezan a sentir sus emociones, pero no tienen el deseo de sentirlas de verdad. Más bien, sienten el impulso de rebelarse, de enfadarse con el mundo y todo eso. Es un avance respecto a mantener una fachada, pero no es más amoroso.

La realidad es que ahora te encuentras en una fase destructiva. Si continúas por ese camino de destrucción —si permaneces en esa fase—, tu alma se volverá aún más oscura; por tanto, no es algo que favorezca el desarrollo de tu alma ni el progreso en el amor. Necesitas salir de ahí y adoptar una actitud de apertura: el deseo de conectar con tu verdadero ser, lo que implica sentir tu yo herido —tus heridas reales— sin culpar a nadie, sin proyectar esas heridas sobre los demás y sin causarles daño. Y este es un estado al que, a estas alturas, muy pocas personas han llegado.

María: Sí; quizá sea un tema para otra conversación, pero percibo que existen muchos bloqueos y obstáculos que la gente encuentra al intentar alcanzar ese tercer estado —el definitivo—, que consiste en afrontar la verdad personal; es decir, la humildad.

Jesús: No considero que ese sea el estado definitivo. El estado definitivo es el cuarto: llegar a verte a ti mismo tal como Dios te ve, completamente libre de cualquier herida.

María: Por supuesto.

Jesús: Ese es el estado real en el que fuimos creados; el estado hacia el cual podemos evolucionar y en el que podemos llegar a ser uno con Dios. Hacia ahí es hacia donde nos dirigimos, pero, por lo general, no se puede alcanzar ese estado saltándose otros. Por supuesto, sí creo que es posible saltarse la etapa en la que uno siente la herida y decide: "¡Que le den al mundo! Me voy a quedar instalado en mis heridas". Desde luego, uno puede saltarse esa etapa; es simplemente un ejercicio de la propia voluntad.

María: Me gustaría hablar contigo sobre esto en algún momento, porque a menudo veo a personas en esa segunda etapa que parecen carecer de cualquier sentido de la moral o la ética.

Jesús: Estoy de acuerdo; lo cual supone un gran problema, si es que alguna vez quieren volverse más amorosas.

María: O, por otro lado, cuando sufro, es cuando veo eso[1], y luego termino juzgándome a mí misma, lo cual…

Jesús: Lo cual, además, no es ético. (Risas)

María: No, porque me estoy tratando mal a mí misma.

Jesús: Bueno, no solo por eso. La mayoría de las personas albergan errores en su interior debido a algo que otros les hicieron. Por lo general, solo existen dos razones por las que tenemos errores dentro de nosotros: una es que hemos tomado decisiones que no están en armonía con el amor; la otra es que otras personas han tomado decisiones respecto a nosotros que tampoco están en armonía con el amor. La mayoría de nosotros presentamos una combinación de ambas. Por tanto, si te juzgas a ti misma, no siempre estás teniendo en cuenta el segundo factor: que otras personas pueden haberte hecho daño, haberte causado muchas de las cosas que ahora están dañadas en tu interior, y no estás siendo sincera al respecto; así pues, eso tampoco es ético.

Para ser ético debes mantener un equilibrio en todos los aspectos. Esto significa que yo soy responsable únicamente de las acciones que elegí realizar en desarmonía con el amor; los demás son responsables de lo que ellos eligieron hacer, en desarmonía con el amor, hacia mí. Soy responsable de sentir todas mis emociones; debo elegir experimentar ambos tipos de emociones. Estos son los aspectos que debemos comprender si realmente queremos afrontar nuestra verdad personal.

5.5. Tener la disposición de ser humilde en todo momento

María: De acuerdo. “Tengo la disposición de ser humilde en todo momento, reconociendo que, a menudo, mi verdad personal no está en armonía con el amor”.

Jesús: Así es. La humildad consiste, en primer lugar, en la capacidad de sentir todas tus propias emociones, ya sean amorosas o no. En segundo lugar, la humildad te permite examinarte a ti mismo con honestidad, tal como Dios te ve. Es, por tanto, el deseo de examinarte a ti mismo desde la perspectiva de Dios.

Si nos examinamos tal como Dios nos ve y descubrimos algo ─“¡vaya, aquí hay algo!”─, la humildad nos llevará, por extensión, a decir: “Quiero comprender por qué siento esto”. Querré atravesar la experiencia de sentir este error para que pueda liberarme de él. Eso es lo que dicta la humildad; aunque muchas personas conocen su definición, muy pocas la ponen en práctica.

Para practicar la humildad es necesario sentir; hay que vivir una experiencia emocional. Aquí es donde la mayoría de las personas fracasan en su camino hacia Dios. De hecho, por eso surgieron las religiones: muchas personas no querían sentir y, en consecuencia, prefirieron creer en lugar de experimentar. Eligen creer en algo, en lugar de atravesar lo que sea necesario atravesar para volverse más amorosas. No comprenden que la verdadera religión, desde la perspectiva de Dios, es el amor; esa es la verdadera religión. Esto no es una doctrina; si quieres verlo de otra manera, podría llamarse una “doctrina del amor”, pero no es una doctrina humana, es la definición de amor de Dios. Eso es la verdadera religión. Y si decidimos no sentir, estamos eligiendo automáticamente estar en desarmonía con esa definición.

5.6. Sentir que debemos liberar nuestro error personal para acercarnos a Dios

1 Es decir, sufrimos, vemos eso, vemos nuestra falta de ética o de armonía, pero luego nos juzgamos en vez de desear sentir humildemente la causa de nuestra falta (e incluso para quizá permitir ─entonces, en ese momento de humildad─ que Dios nos ayude para incluso eliminar esa causa con Su amor). (N.d.T.)

María: Bien, una última: “Siento que debo liberar mi verdad personal ─es decir, mi error─ para acercarme a Dios”.

Jesús: Exacto. En realidad, no es la verdad lo que hay que liberar, ¿verdad? Lo que debo liberar es el error personal para poder acercarme a Dios. Comprendo ─y lo entiendo con toda mi alma─ que no puedo acercarme a Dios simplemente actuando de otra forma, realizando acciones distintas, diciendo palabras diferentes o ignorando la verdad sobre mí mismo. No hay manera de acercarse a Dios así. La única forma de acercarme a Dios es sintiendo mis propias emociones y sentimientos ─lo que podríamos llamar mis “verdades personales”, aunque contengan tanto verdad como error─. Estoy dispuesto a sentirlos; esa es la única manera de acercarme a Dios, y eso es lo que debo recordar de esta cualidad.

Si me permito atravesar ese proceso, siempre surgiré de él en un estado nuevo: estaré más cerca de Dios, más cerca de la verdad y seré capaz de amar con mayor facilidad. Si sigo sintiendo que el amor es algo muy difícil de alcanzar, es porque aún no comprendo las verdades de Dios y no estoy actuando en armonía con Sus leyes; por eso es que experimento el amor como algo tan complicado. Y la única razón por la que el amor me resulta difícil es porque hay algo dentro de mí que lo provoca; por tanto, necesito decidirme a sentir eso en particular. Si comprendiera este principio, elegiría sentirlo. Elegiría afrontarlo, porque quiero acercarme más a Dios.

6. ¿A qué te refieres cuando dices que necesitamos estar “totalmente inmersos en la verdad”?

María: ¿A qué te refieres cuando dices: “Necesitamos estar totalmente inmersos en la verdad”?

Jesús: Bueno, este es un estado que, a mi parecer, muchas personas que oyen hablar por primera vez de la Verdad Divina y el Amor Divino no llegan a comprender bien, porque no captan la sinceridad que implica tal estado. Se trata de estar tan comprometido con la comprensión ─no solo de la verdad externa, sino también de la interna─ que dedicas la mayor parte de tu vida cotidiana a indagar en ella. Creo que, por lo general, la persona promedio que escucha algo relacionado con la espiritualidad dedica muy, muy poco tiempo a profundizar en ello. Quizás le dediquen un poco de tiempo a escuchar al respecto, pero luego no profundizan más; simplemente se sumergen en su vida cotidiana hasta el día siguiente ─o hasta pasados unos días─, momento en el que vuelven a retomar el tema y repiten el mismo proceso.

Cuando uno está totalmente inmerso en la verdad, las cosas no funcionan así. Si deseas de verdad, de todo corazón, tener una relación con Dios, querrás estar totalmente inmerso en la verdad cada día de tu vida. Querrás conocer la Verdad de Dios cada día de tu existencia. No intentarás evitarla en ningún momento; no buscarás tener un día “feliz” para eludirla, ni tampoco un día “triste” con el mismo propósito. No harás nada que suponga evitar el descubrimiento de más verdad. No organizarás tu estilo de vida de manera que te permita eludir la confrontación con la verdad; no dejarás de relacionarte con ciertas personas ─me refiero a un nivel personal─ con el fin de evitar esa confrontación con la verdad. Te involucrarás en cada aspecto de tu vida: cada correo electrónico, cada interacción en facebook ─si es que lo usas─, cada interacción personal con alguien, cada conversación telefónica, cada interacción con la naturaleza, cada interacción en tu vida cotidiana ─ya sea en el trabajo o en el hogar─, cada interacción con tus hijos, tus padres, tu familia, tus allegados, tus conocidos y, en general, con cualquier persona en el mundo. En cada una de estas interacciones, tu motivación será conocer más la verdad.

A eso es a lo que llamamos estar totalmente inmerso en la verdad. Sin embargo, me parece que la mayoría de las personas que llegan a oír hablar de la “Verdad Divina” no se dedican a descubrir la verdad de esta manera. Ten en cuenta que, para hacerlo, es necesario comprender todas las cualidades

de la Verdad Divina que acabamos de analizar ─las catorce cualidades y atributos que deberían formar parte de este proceso─. La mayoría de la gente no desea hacer eso.

María: No, y el simple hecho de enfrentarse a una sola de ellas puede resultar bastante desafiante.

Jesús: Exacto. Para la mayoría, ya es una suerte si logran integrar aunque sea uno solo de los aspectos o cualidades de la Verdad de Dios en su vida cotidiana; ¡ni qué decir de integrar las catorce cada día!

6.1. Hemos aprendido que, cuando actuamos en completa armonía con la Verdad de Dios, nos encontramos en completa armonía con las Leyes del Amor de Dios

María: En tus notas has incluido algunas afirmaciones que describen cómo sería estar totalmente inmerso en la verdad. Quizás podría leerlas y tú podrías comentarlas. Así pues, "estoy totalmente inmerso en la verdad; he aprendido que, cuando actúo en completa armonía con lo que sé que es la Verdad de Dios, también estoy actuando en completa armonía con las Leyes del amor de Dios. Esto significa que, en cada situación en la que participo personalmente, ofrezco el mejor potencial para lograr el mejor resultado posible".

Jesús: Considero que esto es muy importante, una vez más, como ejercicio de nuestra voluntad. Observo que las personas en cierto modo buscan justificaciones para explicar por qué han actuado de forma contraria a lo que saben que es el amor. Dicen cosas como: "Oh, es que aún no me he desarrollado tanto", o "bueno, en esta situación no consideré que fuera aplicable". La gente recurre a todo tipo de justificaciones internas.

Cuando estamos totalmente inmersos en la verdad, comprendemos su importancia en nuestra vida cotidiana; tanto es así, que percibimos que cada vez que actuamos en armonía con la verdad, estamos actuando en armonía con la ley. Esto garantiza que, en cualquier acontecimiento en el que participes personalmente, se obtenga el mejor resultado posible para todos los involucrados ─no solo para ti, sino para cada persona que forme parte de esa interacción específica en tu vida─. Al involucrarte con esta ley en particular, honras, en lo más profundo de tu alma, el hecho de estar brindando el mejor regalo posible a todos los que te rodean. Para mí, esta es una muestra maravillosa de si una persona está actuando en armonía con la verdad, o si está totalmente inmersa en ella.

Sin embargo, lo que observo con frecuencia es que las personas justifican constantemente el error: explican por qué deberían seguir creyendo en él o por qué deberían seguir actuando conforme a él ─es decir, obrando en desarmonía con el amor y con la verdad─. Dicen cosas como: "Bueno, el mundo no es perfecto y yo tampoco lo soy todavía", utilizándolo como justificación para actuar en desarmonía con el amor y la verdad. Todas estas son señales de que no se está totalmente inmerso en la verdad; porque, de estarlo, jamás se dirían tales cosas.

María: Y hay una gran falta de comprensión sobre el hecho de que cada paso que damos hacia la Verdad de Dios ─actuando en armonía con ella─ maximiza, en realidad, los potenciales positivos para todos.

Jesús: Exactamente. Por lo tanto, es el acto de mayor amor que podemos realizar.

María: Sí, absolutamente.

Jesús: Y eso es, precisamente, lo que creo que muchas personas olvidan respecto a la verdad. Cuando actúan ─ya sea de forma deshonesta, ocultando la verdad o simplemente sin obrar en armonía con ella─, en el fondo están eligiendo no amar; y cada vez que eliges no actuar con amor, estás dañando tu

alma. De hecho, estás haciendo algo por lo que, en algún momento futuro, tendrás que realizar una compensación.

Por eso se entiende por qué la mayoría de las personas nunca alcanzan la plena unidad con Dios mientras están en la Tierra: a lo largo del día, surgen muchas justificaciones para elegir actuar en desarmonía con el amor. Esto significa que, aunque por la mañana alguien pueda sentir un anhelo por el Amor de Dios, a lo largo del día elige actuar de una manera que no está en armonía con él. Esto provoca un daño adicional en el alma que requerirá una compensación; es algo sumamente perjudicial tanto para uno mismo como, por supuesto, para los demás.

María: Lo sé, tanto por observar a otros como por mi propia experiencia: a veces nos topamos con un miedo relativamente pequeño y, en ese instante, decidimos no honrar lo que sabemos que es la verdad ─o a las Leyes de Dios─ en esa situación concreta. Al hacerlo, al alejarnos de la verdad ─quizás solo a corto plazo─, terminamos creando, por así decirlo, tres meses de dificultades; es la Ley de la Compensación: tarde o temprano hay que afrontar lo que ocurrió. Y, de hecho, lo contrario también es cierto, ¿verdad? Cuando actuamos en armonía con la verdad, maximizamos los potenciales positivos. Cuando decidimos ignorar lo que ya sabemos ─quizás para evitar una pequeña dosis de incomodidad─, en realidad generamos toda una serie de posibilidades negativas para todos los involucrados.

Jesús: No solo eso: esas posibilidades negativas pueden prolongarse durante meses, años o incluso siglos, dependiendo de las decisiones que tome cada persona. Por tanto, esto es lo que debemos comprender sobre el error: el error no solo genera un problema en el momento presente, sino que afecta al resto de la vida de la persona hasta que dicho error sea abordado. Por el contrario, la verdad no solo aporta un beneficio en el momento, sino que sigue beneficiando a la persona durante el resto de su vida.

María: Y a todos los demás.

Jesús: Y a todos los demás. Y si realmente entendiéramos eso sobre la verdad, nunca la evitaríamos.

6.2. Hemos aprendido a mantenernos en la verdad personal en todo momento

María: Bien, pasemos al siguiente. “He aprendido a vivir en mi verdad personal en todo momento, con todas las personas y bajo cualquier circunstancia, sin importar cuál sea el resultado posible; pues, al hacerlo, me mantengo ─o soy conducida─ a estar en armonía con las Leyes de Dios, las cuales respaldan mis actos en consonancia con el amor y la verdad”.

Jesús: Entonces, al analizar este tema en particular, ¿qué sientes al respecto cuando lees esto?

María: Bueno, en el planteamiento está implícito que esto aplica en todo momento y con todas las personas; no hay excepciones, es algo universal. He tomado la decisión de que, cuando estoy inmersa en la verdad, siempre seré veraz. Y, aunque aquí se sugiere que tal vez solo esté expresando mi “verdad personal” ─lo cual podría requerir una corrección─, al proceder de esta manera permito que dicha corrección pueda ocurrir, en vez de simplemente evitarla.

Jesús: Exacto. Muchas personas usan la excusa de: “Bueno, no actué de esa forma porque no sé con certeza si es verdad o no”. Mi sugerencia es: haz lo que consideres que es la verdad en ese momento y deja que la ley ─las Leyes de la Verdad de Dios─ te corrija si te equivocas. Si tuvieras humildad, elegirías hacer eso; harías lo mejor que pudieras con lo que sabes en este momento. No optarías por la inacción ni por evitar la situación; elegirías hacer lo mejor posible con el conocimiento que posees actualmente. De este modo, estarías abierto a que el cambio te muestre que, quizás, lo que sabías no era

suficiente, y te permitirías atravesar ese proceso. Es algo parecido a lo que ocurre cuando un niño empieza a caminar. El niño no se dice a sí mismo: “No voy a intentar caminar porque me voy a caer”. El niño piensa: “Voy a caminar, porque caminar conlleva muchas ventajas: puedo desplazarme, no tengo que desgastar mis rodillas; es mucho más fácil moverse, puedo llegar más alto… ¡caminar tiene muchas ventajas!”. Por tanto, un niño no elige seguir gateando simplemente porque tenga miedo de caminar.

Ahora bien, si observamos a la persona promedio en lo que respecta a la verdad, a menudo optamos por seguir “gateando” en lugar de levantarnos y caminar, porque tememos las consecuencias de hacerlo.

María: Tenemos miedo a caernos.

Jesús: Tenemos miedo a caernos, miedo a cometer un error. Y, sinceramente, vivir una vida basada en el miedo a equivocarse causa un gran daño al alma. En realidad, uno está perjudicando sus propios deseos e intenciones, sus pasiones y hasta su propia personalidad, al reprimirla. Por eso, elegir vivir así resulta sumamente perjudicial para el alma.

Cuando un niño intenta caminar, no se detiene por miedo; simplemente se levanta, sabe lo que quiere y va tras ello, aun sabiendo que podría caerse en el intento. Si eso ocurre, se vuelve a levantar y lo intenta de nuevo. Como adultos, a menudo carecemos de esa misma actitud, porque nos aterra enfrentarnos a ciertas emociones.

6.3. Hemos aprendido a expresar la Verdad de Dios en todo momento

María: Sí, absolutamente. Bien, pasemos a la siguiente: “He aprendido a expresar la Verdad de Dios en todo momento, con todas las personas y en cualquier situación ─sin importar cuál pueda ser el resultado─, siempre que otros me brinden la oportunidad de hacerlo mediante el ejercicio de su propio libre albedrío”.

Jesús: Esto significa, básicamente, que elijo ─en todo momento, bajo cualquier circunstancia y en cualquier situación─ compartir lo que sé que es la Verdad de Dios sobre cualquier asunto; y elijo vivir conforme a ella en cada situación.

María: Se supone que se trata de una verdad que hemos sentido, ya que no podemos recibirla de otra manera.

Jesús: Bueno, probablemente no estaríamos viviendo conforme a ella sin haberla sentido; pero incluso si se trata de algo que sé que es verdad, aunque todavía no lo sienta, aun así elegiría actuar en consecuencia. Esa es la realidad: reconozco el hecho de que poseo ese conocimiento, aunque aún no lo sienta; sé que existen errores en mí que me impiden sentirlo, pero permito que el proceso saque a la luz dichos errores. Por lo tanto, elegiría actuar conforme a la verdad incluso en esas circunstancias.

Así pues, si sé que gritarle a alguien no es un acto amoroso ─pero aun así siento el impulso de hacerlo─, no le gritaré, porque elijo hacer lo que la Verdad de Dios me dicta en esa situación concreta. No se trata de “mi propia verdad”, la cual me diría: “¡Adelante, desahógate gritándole!”, sino de la Verdad de Dios, que dice: “No, no hagas eso, pues de esa forma dañarás a los demás y también a tu propia alma”. Pero lo más importante es la segunda parte; leámosla de nuevo.

María: “Siempre que otros me brinden la oportunidad de hacerlo mediante el ejercicio de su propio libre albedrío”.

Jesús: Sí, esto es algo que muchas personas olvidan. Los demás te brindan una oportunidad a través del ejercicio de su propia voluntad. No tienes derecho a compartir la verdad con otros a menos que estés personalmente involucrado en ello.

En otras palabras: si formas parte de mi vida, entonces debo compartir la verdad, porque es mi vida. Pero si te relacionas, por ejemplo, con Igor ─quien está detrás de la cámara frente a mí en este momento─ y tú deseas hablarle de una verdad determinada ─de algo que no me concierne en absoluto─, entonces debo esperar a que tú o Igor expreséis el deseo de conocer esa verdad antes de poder compartirla. Eso es respetar el libre albedrío del individuo.

A menudo observo muchas situaciones a nuestro alrededor que no están en armonía con el amor y la verdad; sin embargo, no digo nada hasta que me encuentro en una circunstancia en la que una o más de las personas involucradas me preguntan al respecto. Entonces, digo todo lo que puedo (risas), dentro de lo que la circunstancia y la voluntad de esas personas me permiten, y respetando al mismo tiempo mi propio amor hacia mí mismo. Eso es lo que haríamos si estuviéramos totalmente inmersos en la verdad.

6.4. Hemos aprendido a vivir sin miedo

María: Muy bien, punto cuatro: "He aprendido a vivir mi vida sin miedo, en la verdad, en todo momento. Ya no me gobiernan mis miedos personales; estos quedan subordinados a la importancia superior de vivir en armonía con la Verdad de Dios".

Jesús: Sí, es enormemente importante comprender esto. Para estar totalmente inmersos en la verdad, debemos estar dispuestos a subordinar nuestros miedos a la Verdad de Dios. La mayoría de las personas no están preparadas para hacerlo. Por esta razón, gran parte de quienes han conocido la Verdad Divina no progresan: porque no están dispuestas a subordinar sus propios miedos.

En otras palabras, si lo representamos mediante un diagrama o una ilustración: imaginemos que la Verdad de Dios se encuentra en un nivel determinado; la mayoría de las personas experimentan cierto grado de miedo ante la idea de vivir o poner en práctica esa verdad. Esto significa que el miedo lo domina todo: el miedo no está supeditado a la verdad, sino que el miedo actúa como un "dios"; es el factor que determina lo que sucederá [*usa las dos manos para representar el nivel: el nivel de miedo supera al de la verdad*]. Y, lamentablemente, la verdad queda supeditada al miedo.

Lo que debemos hacer ─y lo que haríamos si estuviéramos totalmente inmersos en la verdad─ es subordinar el miedo de manera deliberada; restarle importancia [*bajando la mano en este caso, por debajo de la que representa la verdad*]. Es posible que sigamos sintiendo mucho miedo, pero lo consideraríamos menos importante que honrar la verdad en nuestro interior, a nivel emocional. Sentiríamos que es más importante honrar la verdad, incluso cuando sentimos miedo. Eso es lo que haríamos en cualquier situación.

Por ejemplo, hay situaciones ante las cuales todavía siento mucho miedo ─porque aún albergo cierto temor respecto a determinadas circunstancias─ pero, aun así, elijo actuar conforme a la verdad. Mi forma de ver el miedo es que siempre debe estar supeditado a la verdad. Siento el miedo, me permito experimentarlo, me permito sentir honestamente de qué se trata, pero aun así actúo en armonía con lo que dicta la verdad, y no con lo que dictaría mi miedo.

María: Lo que observo en ti es que, aunque pueda existir un cierto nivel de miedo en tu interior, debido a que honras la verdad ─y, de hecho, encarnas prácticamente todo lo que hemos tratado a lo largo de esta serie─, el miedo queda supeditado de forma natural; y no porque hayas liberado el miedo, sino por todo lo que honras la verdad.

Jesús: Para mí, es más importante que cualquier otra cosa.

María: Porque, si bien la única forma de reducir el miedo es liberándolo, también es posible honrar la verdad por encima de ese miedo, ¿verdad?

Jesús: Así es. No se trata de cuál es el nivel de tu miedo, sino de dónde sitúas tu compromiso con la verdad. Observo que la mayoría de las personas colocan su compromiso con la verdad por debajo de su miedo; es decir, están dispuestas a ser honestas y veraces siempre y cuando no sientan miedo.

La mayoría de las personas no anteponen la verdad al miedo; es decir, no mantienen la verdad cuando sienten miedo. La mayoría no actúa así. A menudo, esa es precisamente la única diferencia entre los demás y yo. Para mí, la verdad es de suma importancia; después del amor, es lo más importante en el universo —de hecho, en cierto sentido, es tan importante como el amor, porque te conduce hacia él, hacia un amor más grande—. Por tanto, se podría decir que el amor depende, en gran medida, de que asimiles más verdad. Por eso la verdad es tan fundamental en tu vida.

Si la conviertes en una prioridad absoluta —la prioridad número uno en tu vida—, terminarás siendo guiado hacia Dios, quien, a su vez, se convertirá en tu prioridad principal. Te llevará al amor, a la humildad y a muchas otras cosas, siempre y cuando la consideres una prioridad fundamental y la honres. Es cuando le faltamos al respeto a la verdad —o cuando otorgamos al miedo mayor valor, importancia o prioridad— que nos enfrentamos a dificultades extremas en nuestro proceso de evolución. Además, cuando el miedo gobierna nuestras acciones, terminamos tomando decisiones que resultan muy dañinas para nuestra alma.

Por consiguiente, para estar plenamente inmersos en la verdad, debemos aprender a subordinar el miedo; y esto no significa reprimirlo. Debes sentirlo, experimentar la emoción que conlleva, pero sin darle valor, sin hacer lo que el miedo te dicta. Considero que este es un aspecto esencial para vivir totalmente inmersos en la verdad.

7. Palabras de cierre

María: Bueno, eso es todo lo que tengo para tratar contigo hoy. Ha sido muy grato conversar sobre las cualidades de la Verdad Divina.

Jesús: Y como comentario general, para todos los que han estado escuchando acerca de las cualidades de la Verdad Divina: espero que el haber analizado estas cualidades os haya permitido comprender cómo funciona realmente la Verdad de Dios y cómo podéis empezar a descubrirla por vosotros mismos. Todos estos atributos y cualidades de la Verdad de Dios son un componente esencial de cualquier planteamiento que se os presente.

Por tanto, cuando te encuentres con algo en el mundo —ya sea un concepto religioso, filosófico, político o cualquier otro tipo de enseñanza—, examínalo a la luz de estas cualidades. Pregúntate: ¿posee esta cualidad? ¿Posee esta otra? Si lo haces, verás que te resulta mucho más sencillo distinguir qué es la Verdad de Dios en contraste con lo que simplemente son ideas humanas.

El mundo está lleno de millones de ideas, la gran mayoría de las cuales son de origen humano. De hecho, se podría decir que casi ninguna de estas ideas humanas proviene de Dios; por consiguiente, no constituyen la Verdad de Dios. Lo que necesitamos es aprender a discernir qué es la Verdad de Dios frente a las doctrinas e ideas de la humanidad. Si aplicas estas catorce reglas a cualquier cosa que examines, podrás descartar fácilmente muchos planteamientos por no ser la Verdad de Dios —al tratarse, evidentemente, de ideas humanas que no se ajustan a las cualidades de la verdad—. Del mismo modo, podrás aceptar muchas cosas que la humanidad rechaza, al percibir con total claridad que, en realidad, son la Verdad de Dios. Espero que esta reflexión te haya ayudado a abordar este proceso de una manera mucho más activa.